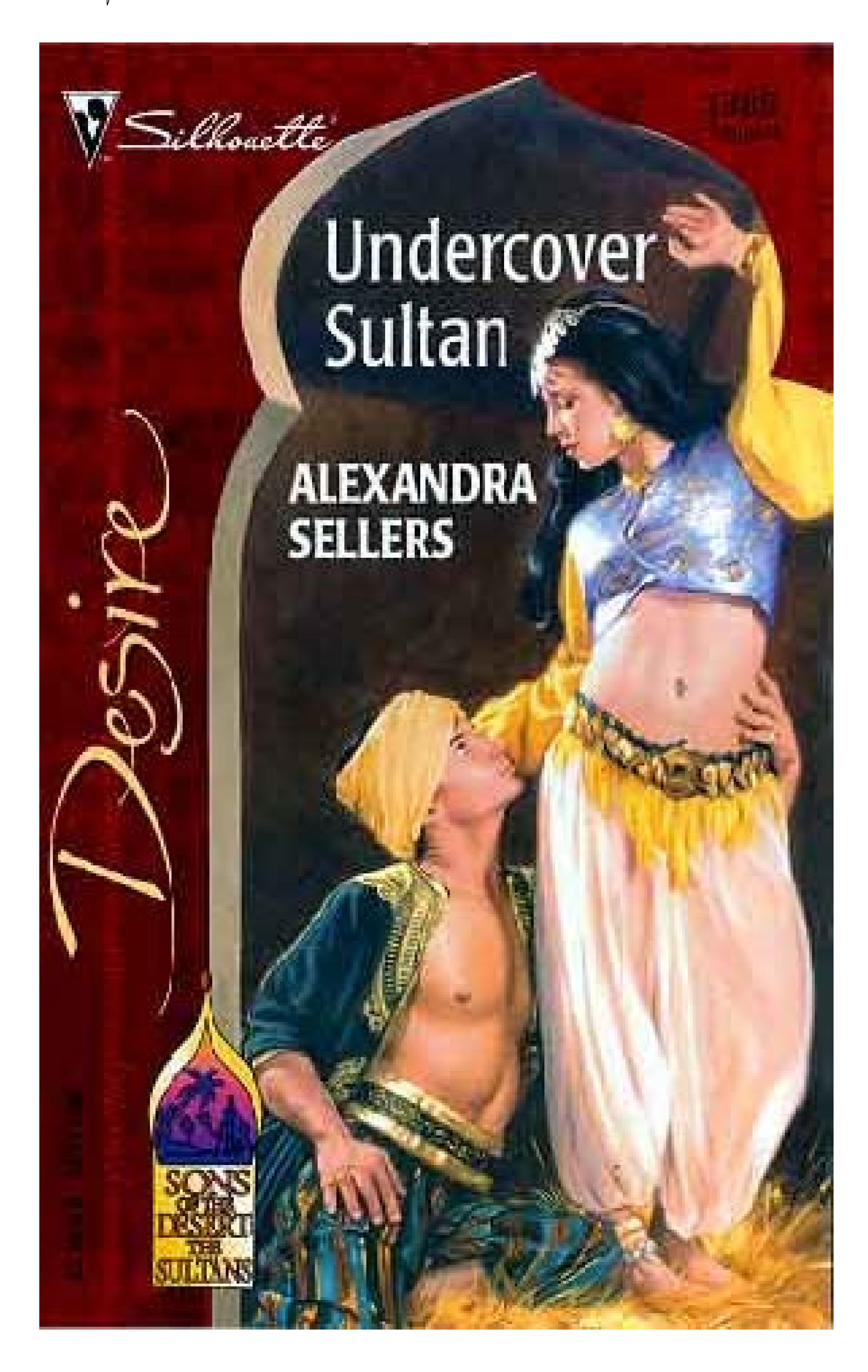

Silhouette
Undercover
Sultan
ALEXANDRA
SELLERS
Desire
SONS OF THE DESERT
THE SULTANS

Prólogo

-Tienen la Rosa.
Al otro lado del hilo hubo un silencio. -¿Cómo es posible? -preguntó Ash por fin.
-Dos hombres llegaron antes que yo -contestó Haroun-. Uno de ellos dijo: «Hemos venido por la Rosa». Y la mujer no tenía motivos para sospechar. Por lo visto, ambos daban el papel.
-¿En qué sentido?
-Eran muy morenos, de rasgos árabes. Uno de ellos se acercó a la mesa donde Rosalind tenía el adorno y lo tomó sin dudar. De modo que sabía lo que buscaba.
Ash murmuró una maldición.
-¿Te ha descrito a esos hombres?
-Uno de ellos tenía una cicatriz en el pómulo derecho. ¿Te suena? -preguntó Haroun.
-La mitad de los veteranos de guerra tienen alguna cicatriz -suspiró su hermano-. ¿Estás pensando en alguien en particular?
-En unos cuantos. Pero no podría decírtelo ahora mismo. ¿Qué han encontrado tus expertos en los ordenadores de Michel Verdun?
-Lo que han encontrado es un sistema de seguridad a prueba de hackers. No podemos acceder.
Haroun se quedó pensativo.
-Tenemos que averiguar cómo se enteró de la existencia de la Rosa. Será mejor que vaya a París para estudiar un ataque directo.
-Los controladores franceses amenazan con una huelga...
-Iré en tren. Es más rápido.
-Tu prisa es lo que me preocupa. Eres demasiado impetuoso, Haroun.
-Pero...
-No quiero que entres en la oficina de Verdun. Si tiene tal protección en su sistema informático, tendrá también guardias de seguridad. Trabájate a algún empleado.
-Tardaría mucho tiempo en hacer eso. Tenemos que arriesgarnos, Ash.
-No podemos correr riesgos. Michel Verdun apoya a Ghasib a muerte y no quiero que se sienta acorralado.
-Llevo mucho tiempo esperando -suspiró Haroun-. Tenemos que averiguar qué sabe Verdun y de dónde saca la información.
-Pero no quiero que arriesgues tu vida...
-¿Por qué no? La tuya estará en peligro dentro de unas semanas.
-Más razones para ser cauto.
-Ash, tenemos que recuperar la Rosa. Debemos evitar que los agentes de Verdun se la entreguen a Ghasib. No podemos confiar en nadie... ¿quién mejor que yo para hacer el trabajo?
Su hermano vaciló, buscando argumentos, y Haroun decidió insistir:
-Además, es culpa mía que hayamos perdido la Rosa. Si hubiera llegado una hora antes estaría en mis manos, no en las de Verdun. Lo siento, pero no puedes detenerme. Es una cuestión de orgullo. Me pediste que consiguiera la Rosa de al jawadi y eso es lo que pienso hacer.
Cuando colgó, Ash seguía lanzando maldiciones.

Capítulo Uno

La joven, con labios rojo pasión, melena pelirroja, pendientes largos y minifalda cortísima, subió los escalones que llevaban al vestíbulo del hotel.
Era bajita y muy esbelta, con una mariposa tatuada en el estómago y un *piercing* en el ombligo. Las botas de ante marrón le llegaban por encima de la rodilla y llevaba al hombro una mochila de cuero.
El hombre que estaba en recepción sonrió involuntariamente. Muchas de las chicas que pasaban por el hotel eran preciosas. La mayoría actrices o estudiantes que buscaban un complemento para su economía. Aquella, Emrna... aunque ese no era su verdadero nombre, por supuesto, no era la más guapa de todas, pero tenía algo especial. Y siempre le alegraba los viernes por la noche.
-*Bonsoir, ma petite* -la saludó-. *Ça va?*
-*Bonsoir*, Henri -sonrió ella, acercándose. Henri solía adivinar a qué se dedicaban las otras durante el día, pero Emma... ella era diferente. Siempre la misma habitación. Siempre el mismo cliente. Los viernes por la noche durante los últimos tres meses.
No era una habitual en el estricto sentido de la palabra, pero allí estaba cada viernes a las once, lloviese o tronase. Henri le reservaba aquella habitación durante dos horas y era ella quien pagaba.
Lo habían acordado así para proteger al cliente. Llegaban por separado y él subía en el ascensor de servicio. Henri no lo había visto nunca.
Emma no se lo había dicho, pero imaginaba que sería una figura pública... extranjero, por supuesto. ¿Qué francés se preocuparía por tales cosas? La amante y la hija ilegítima del presidente de la República habían acudido junto con su esposa a su funeral. Pero los extranjeros eran muy reservados en sus prácticas sexuales.
Henri aceptaba que aquel hombre entrase por la puerta de servicio, aunque no era lo normal. Le gustaba ver a los clientes de las chicas porque un sexto sentido le decía si iban a crear problemas. Tenía un hotel muy decente y no quería líos. Cobraba a los clientes por la habitación y que cada uno hiciese lo que quisiera. El no era una Celestina.
Pero en el caso de Emma, era ella quien pagaba. En aquel momento estaba dejando el dinero sobre el mostrador, con esa bonita sonrisa suya.
Muchas veces había pensado decirle que no se pintara tanto los labios, ya de por sí generosos. Pero ella no se portaba como otras chicas. Era simpática, agradable... pero nunca le confiaba sus cosas. Y Henri nunca se atrevió a darle consejos, como a las demás.
Como cada viernes, en lugar de tomar el ascensor, Emma subió hasta la habitación por la escalera de mármol. Y él la observó con una sonrisa en los labios hasta que las botas de ante marrón desaparecieron de su vista.

Mariel entró en la habitación 302. Con la lamparita roja encendida, la ajada elegancia del mobiliario parecía llevarla atrás en el tiempo. Antes de la guerra aquel había sido un establecimiento sólido y respetado, pero los alemanes lo usaron como cuartel general y, después, el hotel nunca pudo recuperar su alcurnia. Sin embargo, los muebles y las lujosas cortinas, aunque viejos, eran el testamento de su antiguo esplendor.
Mariel abrió a la ventana y respiró el indefinible perfume de París. Después, se sentó en el alfeizar, pasó ambas piernas al otro lado y saltó a la escalera de incendios.
Se quedó parada un momento, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad; sobre su cabeza solo la luz de las estrellas. Debajo, un par de ventanas iluminadas en el estrecho callejón.

Pegada a la pared, intentando no hacer ruido, corrió hacia el edificio anexo. Allí había una ventana abierta. Con gran agilidad, Mariel saltó al interior y buscó la tapa del inodoro con los pies.
Un segundo más tarde salía al pasillo. Tras ella, la palabra Aseos marcada en letras de bronce sobre la vieja puerta gris. Mariel miró a derecha e izquierda, alerta.
El pasillo estaba desierto. Debían ser de la misma época, pero la decoración de aquel edificio era muy diferente de la del hotel. Allí había halógenos en el techo, moqueta de color gris y chapitas de bronce anunciando el nombre de las empresas en cada una de las puertas.
Sigilosa, abrió la que daba a la escalera, bajó dos pisos y entró en otro pasillo casi idéntico.
Quitándose la mochila, sacó unas llaves y se dirigió hacia la puerta marcada como: *Michel Verdun, S.A.*
Mientras intentaba desconectar la alarma, rezaba en silencio. Por fin, consiguió hacerlo y entrar en la oficina sin que nadie la viera.
Llevaba tres meses haciendo aquello y sabía que, tarde o temprano, iban a pillarla. Un día incluso podría encontrarse con el propio Michel Verdun.
Pero si así fuera, tenía lista una coartada: había perdido las llaves de su apartamento y volvía a la oficina porque tenía una copia en el cajón de su escritorio.
Seguramente Verdun sospecharía, pero esperaba distraerlo con aquel atuendo. Aparentemente, su empleada vivía una doble vida: genio de la informática por la mañana, prostituta de noche. Y esperaba que esa confusión le comprase algo de tiempo para poder escapar.
Después, por supuesto, no volvería a la oficina. Su uso como espía habría terminado. Pero, con un poco de suerte, Michel Verdun no descubriría para quién había estado espiando.
Mariel se acercó a su escritorio, aprovechando la luz que emitían media docena de ordenadores, y sacó varias cosas del cajón, como hacía cada viernes. Si Verdun aparecía, fingiría estar buscando las llaves de su casa.
Entonces tomó el ratón de su ordenador. El salvapantallas era un cielo con nubes blancas... otra pantomima. Si hubiera podido elegir, su salvapantallas sería un cielo iluminado por fuegos artificiales. Le gustaban el color, la emoción, la aventura.
El cielo sereno desapareció al mover el ratón y Mariel tecleó el nombre de un archivo. En un papel anotó las cifras y los nombres que buscaba, sacó un disquete del cajón y, con el papel en la mano, se acercó a una puerta.
Marcó el primer número en el panel de seguridad, esperó hasta oír el clic y después entró en el despacho, cerrando con cuidado antes de encender la luz.
Frente a ella, dos pantallas de ordenador en las que una pareja desnuda estaba pasándolo bomba.
Aquel era el despacho secreto de Michel Verdun, al que solo él tenía acceso.
Mariel se sentó frente a uno de los ordenadores y tomó el ratón. El salvapantallas pornográfico desapareció. Sabía que Verdun lo hacía para molestarla y, en otras circunstancias, lo habría denunciado. Pero aquellas eran circunstancias extraordinarias.
En realidad, Mariel de Vouvray habría dicho una sola vez que aquella imagen era ofensiva y la segunda... sencillamente habría tirado el ordenador al suelo de una patada.
La Mariel que Verdun conocía era una mosquita muerta que bajaba los ojos y se mordía los labios cada vez que él la llamaba a su despacho para hablar de algo, con el salvapantallas encendido. Algo que le hacía a todas las empleadas, el muy cerdo.
Pero tenía cosas más importantes en que pensar. Si hacía bien su trabajo, esa sería venganza suficiente. Y pensaba hacerlo muy bien.
Mariel era espía industrial. Llevaba tres meses trabajando para Michel Verdun... pero en realidad trabajaba para su primo americano, proporcionaba, intentaba chantajear a los más débiles para que no presentasen la demanda. Hacía lo mismo para una multinacional far-

macéutica, investigando el pasado de cualquiera, políticos incluidos, que intentase desvelar los componentes tóxicos de algunos de sus productos.
Así era Michel Verdun. Muy selectivo con sus clientes, servía a lo peor de lo peor. Y todos ellos con mucho dinero.
Mariel comprobó la lista de archivos recibidos. El sistema funcionaba por códigos cifrados. Los agentes envaban su información con un código y, a cambio, Verdun enviaba dinero a una cuenta bancaria también cifrada.
Cualquiera que intentase entender aquel pequeño imperio tendría que saber mucho de informática, pero ella tardó poco en descubrir que cierto código se relacionaba siempre con Ghasib, el dictador de Bagestan.
Y esa era su prioridad.
Aquella noche había una docena de archivos, que copió en el disquete antes de borrarlos de su papelera «espía». Una vez grabados, se los enviaría a Hal desde su ordenador.
Nunca enviaba nada desde el ordenador de Michel Verdun porque su programa de seguridad era extremadamente sofisticado y detectaba cualquier tráfico de correo electrónico.
Mariel levantó la cabeza, aguzando el oído. Nada. Entonces miró el reloj: las 11:38.
El último archivo acababa de llegar, de modo que Verdun no había tenido oportunidad de leerlo.
Y ella tuvo un curioso presentimiento mientras lo abría. Quizá era importante, quizá era lo que necesitaba para destruir las sucias operaciones de su jefe.
Era un mensaje en clave con un archivo anexo, la fotografía de un hombre... Mariel se quedó boquiabierta al ver la imagen. No lo conocía, pero era el hombre más guapo que había visto en su vida.
En toda su vida.
Había oído hablar del amor a primera vista, *le coup de foudre* como decían los franceses. Y creía en ello.
Pero no sabía que alguien pudiera enamorarse de una fotografía.

Capítulo Dos

Cabello oscuro sobre una frente ancha, cejas rectas, mentón cuadrado, ojos oscuros que parecían penetrarla desde la pantalla, labios hechos para besar y una expresión aventurera, apasionada. Era como mirar una tormenta en alta mar.
¿Quién sería aquel hombre? Tenía la sensación de haberlo conocido antes, en otra vida. La sensación de estar destinada a amarlo.
Maríel sacudió la cabeza, intentando concentrarse en su tarea. Cuando miró el reloj vio que eran las 11:48. ¿Había perdido la noción del tiempo? ¿Llevaba diez minutos mirando aquella fotografía sin darse cuenta?
Tenía que copiar el archivo, se recordó a sí misma, como una niña que hubiera olvidado el alfabeto. Pero no podía perder aquella cara. Sin pensar, pulsó el botón de impresión y cuando oyó el ruido de la impresora, se mordió los labios. Así era como caía un espía industrial, bajando la guardia, perdiendo la concentración.
Pero era demasiado tarde.
Copió el archivo en el disquete y lo borró de la papelera, como los demás. Michel Verdun nunca sabría que alguien lo había abierto.
Dos minutos después seguía con el disquete en la mano, esperando que la impresora terminase su trabajo.

¿Había perdido la cabeza? Debería salir corriendo... pero ella no sabía mucho de impresoras. Si detenía el trabajo, ¿se imprimiría la imagen cuando alguien volviera a encenderla? No podía arriesgarse.
Normalmente, cuando había terminado de copiar los archivos, cerraba la puerta del despacho y los enviaba desde su ordenador. Pero, para ganar tiempo hasta que la impresora hubiera terminado, decidió empezar el proceso.
Una vez hecho, borró toda huella de su trabajo y guardó el disquete en el cajón. La impresora, afortunadamente, había terminado.
Mariel tomó el papel de la bandeja y, de nuevo, se quedó hipnotizada por aquel rostro. ¡Qué ojos, qué sonrisa! ¿Quién sería?
Tan emocionada estaba que no oyó la puerta de la oficina. Suspirando, apagó la luz y salió del despacho privado...
El hombre que acababa de entrar parecía tan sorprendido como ella. Por un momento, se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro.
-¡Eres tú! -murmuró Mariel, atónita.
O estaba soñando o aquel era el hombre de la fotografía.

Haroun al Muntazir se maldijo a sí mismo por idiota. Ash tenía razón, era demasiado impetuoso. Irrumpir en la oficina de Michel Verdun con un empleado dentro era el trabajo de un aficionado.
Pero la mujer que había frente a él era un misterio.
La peluca roja, la minifalda de cuero y las botas altas dejaban muy claro cuál era su profesión... y, desde luego, era lo suficientemente atractiva como para negociar con ella allí mismo.
Pero, ¿qué hacía en la oficina de Michel Verdun a esas horas?
Cuando consiguió apartar los ojos de su cara, Haroun se fijó en el grotesco salvapantallas del ordenador. Un vídeo porno. Quizá eso explicaba su presencia... ¿Verdun iría a la oficina por la noche para mantener aventuras extramaritales?
Pero eso significaba que él también estaba allí...
«¡Maldita sea mi suerte! ¡He interrumpido una orgía!».
Y entonces recordó lo que ella había dicho: «Eres tú».
¿Qué significaba eso? ¿Sería una treta de las prostitutas para convencer al cliente de que era el objeto de sus sueños?
Quizá la pelirroja no conocía personalmente al cliente. Quizá pensaba que era a él a quien estaba esperando...
Haroun decidió intentarlo.
-Sí, soy yo. ¿Te han dicho lo que espero de ti?
Ella se mordió los labios, unos labios muy generosos que le hubiera gustado besar allí mismo.
Mariel dobló el papel que llevaba en la mano para esconder la fotografía mientras se hacía preguntas a velocidad de vértigo: ¿Cómo demonios había entrado? ¿Le habría dado Michel Verdun una llave? ¿Habrían enviado una foto para que Verdun pudiera identificarlo? ¿Significaba eso que su jefe estaba a punto de llegar? ¿Pensaría que ella era su contacto?
Mariel olvidó la ropa que llevaba y lo que él podría pensar.
-No, yo... he reemplazado a otra persona en el último minuto. Así que, si no te importa decirme...
Haroun dejó escapar un suspiro. Los hados le eran favorables aquella noche. La pelirroja bahía reemplazado a otra chica.
Y no le importaría nada decirle lo que esperaba de ella, pero debía marcharse antes de que llegase Verdun.
-Mi coche... -murmuró, mirando el reloj, para que entendiese que tenía prisa.

A Mariel se le encogió el corazón al percatarse de que aquel hombre tan guapo estaba conectado con los sucios negocios de Michel Verdun.
Entonces su mente de espía industrial empezó a funcionar: ¿Vendía o compraba secretos? Quizá podría sacarle información...
Y ese sería el último servicio porque su trabajo en Michel Verdun, S.A. había terminado aquella noche.
-Sí, bueno... voy por mi mochila.
Mientras guardaba sus cosas en el cajón, Haroun aprovechó para admirar sus muslos, que la minifalda dejaba por completo al descubierto.
Mariel se dio cuenta entonces de que no había cerrado el despacho privado, pero cuando iba a hacerlo oyó el ruido de una llave en la puerta de la oficina.
Se quedó inmóvil mirando al extraño, que se acercaba a ella silenciosamente. Era mucho más alto, mucho más grande... El hombre la levantó con un solo brazo y, tapando su boca con la otra mano, la metió en el despacho.
Estaban a oscuras, iluminados solo por los obscenos salvapantallas.
-Si haces ruido, te estrangulo -susurró. Quien hubiera entrado en la oficina encendió la luz.
Tenía que ser Verdun, pensó Mariel.
Su única esperanza era que no la descubriese. Y, claramente, Adonis esperaba lo mismo.
Pero, ¿quién sería? Si tenía miedo era porque Verdun no le había dado la llave. Entonces, ¿cómo entró en la oficina? ¿Y para qué?
Mientras esperaba, inmóvil, sentía los firmes músculos del torso masculino, el aroma de una colonia muy excitante...
-Han desconectado la alarma.
Era la voz de Verdun. ¿Con quién hablaba? Mariel se volvió un poco para intentar ver a través del resquicio de la puerta, pero el extraño le puso un dedo en los labios como gesto de advertencia.
Quizá por la situación, quizá por el peligro, aquel roce le pareció la sensación más erótica que había experimentado en toda su vida.
Verdun se dirigía hacia el despacho. Todavía no se había percatado de que la puerta estaba abierta, pero lo haría...
-Sal -murmuró el extraño entonces-. Es tu cliente, ¿no?
Seguramente planeaba huir mientras Verdun estaba entretenido con ella, pero Mariel no pensaba obedecer. Ni darle explicaciones.
-No -susurró, al ver a otro hombre armado con una pistola-. No puedo.
Él musitó algo en un idioma que parecía árabe.
-Sal corriendo cuando se acerquen. Yo te seguiré.
El de la pistola estaba volviéndose, Michel mirando hacia otro lado...
«Ahora o nunca».
Cuando el extraño abrió la puerta y le dio una patada en el brazo al segundo hombre, Mariel salió corriendo.
Oyó el golpe, un grito y ruido de pelea. Pero no se volvió. Salió de la oficina y corrió por el pasillo hacia la escalera. Cuando abría la puerta se giró un segundo y lo vio corriendo tras ella.
-*lci! En haut!* -susurró, subiendo hacia el cuarto piso. Cuando llegaban al tercero oyeron que se abría la puerta.
Verdun y el hombre de la pistola corrieron escaleras abajo y ella dejó escapar un suspiro de gratitud, sin dejar de correr.
El extraño parecía darse cuenta de que sabía adónde iba y no se molestó en preguntar. Mariel lo llevó hasta los lavabos y saltó por la ventana.
-Ten cuidado. Esta escalera de incendios no es muy segura.

Para asombro de Haroun, la joven iba a meterse a través de una ventana del edificio anexo.
-Es mejor bajar a la calle -dijo, tomándola del brazo.
-No podemos. La escalera de incendios solo llega hasta el segundo piso.
El dudó un momento. ¿Y si le había tendido una trampa? ¿Y si estaba de acuerdo con Verdun?
Pero era cierto. La escalera de incendios solo llegaba hasta el segundo y no podían saltar quince metros sin romperse una pierna.
La siguió por la ventana y, un segundo después, se encontró en una habitación de hotel. La pelirroja estaba al lado de la cama, apartando el edredón y tirando los almohadones al suelo... Su minifalda de cuero tenía una abertura a cada lado y Haroun observó, complacido, las braguitas de encaje negro cubriendo un trasero deliciosamente redondo.
Hubiera deseado quedarse con ella para deshacer la cama, pero tenía que marcharse.
-Ojalá pudiera quedarme...
-¡Calla! -lo interrumpió Mariel, cerrando las cortinas-. Henri debe pensar que eres mi cliente.
-¿Henri?
-El dueño del hotel. ¿Puedes...? ¡Por favor, si pareces un ladrón de joyas!
Iba vestido completamente de negro, con un jersey ajustado de cuello alto y pantalón de deporte.
Mariel parpadeó al fijarse en el ancho torso, los firmes muslos, los poderosos bíceps...
-Soy un ladrón de guante blanco –sonrió él.
-No tengo tiempo de enseñarte la salida de servicio, así que tendrás que bajar conmigo. Como se supone que no quieres que Henri te reconozca, puedes ir rápidamente hacia la puerta del hotel.
-¿Y luego qué?
-Tengo el coche aparcado cerca de aquí. ¿Te dejo en algún sitio o nos vamos cada uno por un lado?
Era tan fría, tan profesional, tan lista. Haroun alargó la mano para acariciar su mejilla, por pura admiración.
-No puedo dejarte todavía. Vamos a usar la cama una vez antes de separarnos.
Mariel sonrió, contra su voluntad. Era cierto que había electricidad en el aire. ¿Cómo no, si acababan de salvar la vida? Los que están realmente vivos celebran escapar de la muerte a través del sexo.
Estuvo a punto de asentir. Era tan guapo, tan irresistible... Y se había enamorado solo con ver su fotografía. Pero...
-No digas bobadas -le espetó-. Hemos tenido muchísima suerte, pero no podemos abusar.
Él estaba mirándola con una sonrisa que la derretía por dentro.
-¿La suerte me abandonará si hacernos el amor? ¿Estás segura? Creo que eso la mejoraría. Y quizá sería mejor esperar aquí hasta que dejen de buscarnos.
-No, vámonos -insistió Mariel-. Verdun podría haber descubierto que hemos escapado por la escalera de incendios.
Haroun no quería dejarla. Y lo justificaba diciéndose que quizá aquella joven sabía algo de Verdun que él no sabía.
-Muy bien. Te seguiré hasta el coche.
-Cuando salgas del hotel, gira a la derecha -dijo ella.
Bajaron juntos la escalera, en silencio. Podía creer que era un ladrón, pero ¿qué quería robarle a Michel Verdun?, se preguntó.
Henri, el dueño del hotel, tenía demasiada experiencia como para decir nada delante de su «cliente» y Mariel se despidió con una sonrisa de complicidad.

Taconeando alegremente por el bulevar, resistió el impulso de volverse para ver si él la seguía y se concentró en parecer una buscona. Con los dedos en los bolsillos de la minifalda, caminaba moviendo las caderas de forma invitadora.
Tenía ganas de soltar una carcajada, seguramente por el susto que había pasado.
En la esquina, se arriesgó a mirar atrás... y, al ver que dos chicas ofrecían sus servicios al extraño, la sonrisa de Mariel desapareció. Se sentía absurdamente celosa.
Ella nunca había tenido celos y, sin embargo, estaba a punto de lanzarse sobre las insistentes prostitutas para que dejasen en paz a «su hombre». ¿Se habría vuelto loca?
Quizá todo era efecto de la situación, pensó. Pero seguía mirándolo mientras él intentaba librarse de las busconas. Una de ellas la vio entonces, vio que el hombre iba hacia ella y empezó a gritar con acento ronco:
-¡Vete de mi esquina, *putain*!
-*Va t'en, vache!* -gritó Mariel, en parte por diversión y en parte por si alguien estaba vigilando.
Quizá había hecho demasiado bien el papel porque las dos putas salieron corriendo tras ella. Afortunadamente, el semáforo acababa de ponerse rojo y Mariel cruzó a la carrera, seguida del extraño y de las dos lobas.
Entonces, al otro lado de la calle, vio al matón de Verdun.
El extraño la tomó de la mano y juntos corrieron por la acera. Las prostitutas seguían gritando, pero parecían haber perdido interés en la caza. Quizá aquel ya no era su territorio.
El hombre de la pistola, sin embargo, no había perdido interés.
Afortunadamente, el coche de Mariel estaba en la esquina... pero cuando iba a sacar las llaves, dejó escapar un grito.
-¡La mochila! ¡Me he dejado la mochila... no tengo las llaves!
-¿Dónde la has dejado?
-En la oficina de Verdun.
¿Suerte? ¿Dónde estaba la suerte si Michel Verdun averiguaba quién había entrado en su ordenador?

Capítulo Tres

Tomándola del brazo, el extraño la empujó
hasta un callejón. Estaba muy oscuro y Mariel oyó ruido al lado de unos cubos de basura. Solo esperaba que no fuesen ratas.
Cuando llegaban al otro lado escucharon las maldiciones del hombre de la pistola, que no se daba por vencido.
Estaban en la parte vieja de la ciudad, con estrechos pasillos oscuros entre los edificios... y acababan de llegar a un callejón sin salida. -¿Hay alguna escalera de incendios? -Por aquí -dijo él.
Mariel vio un grupo de adolescentes esperando frente a una puerta por la que el extraño prácticamente la metió de un empujón.
En el interior había música a todo volumen. Era un club, un afier hours, seguramente.
El encargado de seguridad estaba echando a los chavales que habían entrado tras ellos.
-Solo queremos mirar -protestaba uno.
-¡Aquí no se viene a mirar!
Era un club muy oscuro y, comparado con lo que llevaban las chicas, el atuendo de Mariel era incluso recatado. No había visto tacones más altos en su vida. Pero si llevaban las uñas más largas que la falda... ¡Y los ojos! Allí había pintura para teñir la torre Eiffel.

-*Cheri*! -exclamó una de ellas, mirando descaradamente la entrepierna de su acompañante-. ¿Me lo prestas?
Mariel no entendía nada. Solo cuando un hombre vestido como Marlon Brando en El salvaje le agarró descaradamente el trasero, empezó a entender que aquel era un club de intercambio de parejas.
-Estás muy rica. ¿Qué quieres beber? -le gritó Brando.
-Un whisky.
-Vuelvo enseguida. ¡No te vayas!
El extraño seguía tirando de ella y Mariel intentó soltarse.
-Estoy agotada. ¿No podemos tomar una copa?
-¿Una copa?-preguntó él, sorprendido.
-Acaban de ofrecerme un whisky. Y no te preocupes, Verdun no nos buscará aquí.
El hombre siguió tirando de ella hacia la entrada principal y poco después estaban en una calle ancha, bien iluminada.
Un taxi se detuvo casi antes de que él levantase la mano y Mariel se dejó caer sobre el asiento medio riendo, medio jadeando.
-*Le Charlemagne* -indicó el extraño al taxista.
¿Por qué seguía con él? Deberían haber tomado caminos distintos.
-Yo creo que deberíamos separarnos -murmuró, con desgana.
Las luces de París iluminaban parcialmente su rostro y sintió entonces que estaba en un sueño. Un sueño que había soñado mil veces sin recordarlo siquiera.
-¿Separarnos? Ah, no, ma petite. Todavía no podemos separarnos -dijo el hombre de la fotografía, inclinándose hacia ella-.Quédate conmigo esta noche.
Era el hombre más guapo del mundo. Y, según un viejo dicho: «el enemigo de tu enemigo es tu amigo».
Pero el sentido común le recordaba que no sabía si era enemigo de Michel Verdun.
-Creo que debería irme -insistió Mariel.
-¿Dónde vas a ir?
-A casa.
-¿Sin la mochila? ¿Cómo vas a entrar?
-Mi casera me abrirá la puerta. Además, tengo escondida una copia de la llave.
-¿Qué llevabas en la mochila, además de las llaves?
-Lo que puedes imaginar: tarjetas de crédito, dinero, la agenda...

Mariel repasó los acontecimientos... ¿habría dejado la mochila sobre su escritorio o se le había caído mientras corría por el pasillo?
Si la dejó en su escritorio, existía la posibilidad de que Verdun creyera que se le había olvidado por la tarde. Si la dejó en el despacho privado...
Qué tonta. Y todo por enamorarse de una fotografía. Si no hubiera encendido la impresora, estaría a salvo en su casa.
Haroun la observó. Todo aquello era muy contradictorio. ¿Por qué Michel Verdun perseguía a una prostituta, con un matón armado? ¿Qué hacía en la oficina si él no la había invitado?
-¿Si encuentran tu mochila irán a visitarte?
Mariel intentó disimular un escalofrío. Si iban a visitarla, ya habría desaparecido. Tenía dinero en el apartamento. Se iría a un hotel y llamaría a Hal para darle instrucciones...
-¿Qué estabas haciendo allí? -preguntó Haroun entonces.
-¿Y tú? -le espetó ella.
El hombre soltó una carcajada.
-Será mejor no hacer preguntas complicadas. ¿Tú crees que la pistola era por ti o por mí?
-No lo sé. Tú no pudiste hacer saltar la alarma porque la había desconectado yo...

-¿Habías estado antes en su oficina?
-Nada de preguntas -le recordó ella.
-Al verme, te oí murmurar «Eres tú». Y luego dijiste: «he reemplazado a otra persona en el último minuto». Pensabas que iba a ver a Verdun y estabas ganando tiempo, ¿no? Mariel apretó los labios. Todo en él parecía tener brillo: su pelo, sus ojos, su piel morena...
-Nada de preguntas.
Se dio cuenta entonces de que estaba medio tumbada en el asiento y el extraño, encima. Le encantaba la posición, pero era de lo más inconveniente.
-Quiero irme a casa. ¿Te importa pagar el taxi?
-¿No llevas fondos de seguridad en la liga? -bromeó él, acariciando su rodilla-. Ah, no llevas medias.
-Tengo que irme -insistió Mariel.
Después, le dio al taxista el nombre de un monumento cercano a su casa. No quería que el extraño supiera su dirección... además, no estaría allí mucho tiempo.
-¿No volveremos a vernos? -preguntó él entonces, en un tono compungido que le rompió el corazón.
Pero no era auténtico. Como no era auténtico el supuesto ataque de amor que había sentido al ver la fotografía.
¡La fotografía! Mariel se mordió los labios. No había pensado en ello...
-¿Qué ocurre? ¿Has cambiado de opinión? ¿Vienes conmigo?
¿Debía advertirlo de que alguien había enviado su fotograba? Pero no conocía sus motivos y no podía contárselo sin descubrir que había entrado en el ordenador de Verdun.
Quizá el extraño estaba traicionándolo después de haber sido su aliado... Pero tenía que callarse para evitar sospechas.
Quizá Michel Verdun sabía lo que estaba haciendo. Quizá envió al extraño para sacarle información...
-Es culpa tuya que esté metida en este lío.
-Eso es verdad -suspiró él-. Así que debo cuidar de ti, ¿no te parece?
Y siempre aquel brillo en sus ojos que la hacía temblar de emoción...
«Con él siempre estarías riendo», le dijo una vocecita.
-No, no me parece.
-Muy bien. Tú decides.
Cuando se acercaban al monumento que le había indicado al taxista, Mariel vio un coche aparcado. El coche de Michel Verdun.
Había un hombre al volante, fumando.
-*Dieu*! -gritó, alarmada. Entonces, para disimular, acercó la cabeza al extraño como si fuera a besarlo.
Él, sin perder tiempo, la envolvió en sus brazos.
-Has cambiado de opinión, ma petite.
-Ese es el coche de Michel Verdun -dijo Mariel en voz baja.
-¿Nos está siguiendo?
-No -contestó ella-. ¿Crees que habrá alguien en mi apart...?
No terminó la frase porque el extraño la tumbó sobre el asiento y, sin previo aviso, empezó a besarla.
Sus besos eran tan expertos, tan seductores, que Mariel cerró los ojos, envuelta en sensaciones que no podía resistir.
Nunca la habían besado así. Nadie jamás, en la historia del mundo había besado así, pensaba, mientras se derretía bajo el duro cuerpo del hombre.
Era el beso que había soñado siempre, un beso como para morirse. Un beso único en la historia.

-*Et maintenant, mes enfants, où irons nous? La tour Eiffel?*
El taxista acababa de encender un cigarrillo y esperaba en un semáforo para recibir órdenes.
El extraño sonrió, enigmático.
-¿El coche de Verdun estaba aparcado cerca de tu casa?
-Sí.
-Entonces no puedes ir allí, es demasiado peligroso. Debes confiar en mí, cariño.
Como por el momento no tenía alternativa, Mariel se quedó callada. Él levantó la cabeza:
-*Le Charlemagne, s'ilvous Plâit.*
Con un expresivo encogimiento de hombros, el taxista arrancó de nuevo.
-¿Vives en el *Charlemagne*?
-Así es.
-¿Y no crees que Verdun podría buscarnos allí?
-No creo que me haya visto la cara porque la oficina estaba a oscuras, de modo que estaremos a salvo.
-Eso espero.
Mariel recordó entonces que había dejado caer su fotografía en alguna parte. Michel Verdun se preguntaría quién era ese hombre y, sobre todo, por qué alguien había sacado una copia de la foto.
-A pesar de nuestra norma de no hacer demasiadas preguntas, creo que ha llegado el momento de conocernos un poco mejor-dijo él entonces-. ¿Cómo te llamas?
-Emma. ¿Y tú?
-Yo me llamo... Fred.

Capítulo Cuatro

Le *Charlemagne* era el nombre de un famoso complejo en la *rue de Rivoli,* con famosísimas tiendas de diseño en las dos primeras plantas. Sobre ellas, siete pisos de exclusivos apartamentos. Situada frente al jardín de las Tullerías y el Sena, era uno de los sitios más caros de París.
El conserje los observó sin decir nada mientras se dirigían a los ascensores, como si estuviera acostumbrado a ver a los inquilinos con chicas de dudosa reputación.
Fred utilizó una tarjeta magnética que los llevó directamente a la última planta, donde había un guardia de seguridad frente a varias pantallas de televisión.
Mariel se asustó cuando Fred lo saludó en árabe. Pero claro... había musitado algo en ese idioma mientras estaban en el despacho de Verdun.
¿Y si trabajaba para Ghasib, el dictador de Bagestan?
El abrió la puerta del apartarnento mientras el guardia los miraba con una mezcla de desaprobación y curiosidad.
Mariel le guiñó un ojo y el hombre se volvió, cortado.
El apartamento era un dúplex muy amplio, con suelos de mármol jaspeado y una enorme terraza sobre el Sena. Los muebles eran de maderas nobles y había tapices antiguos en las paredes.
Mariel se pasó una mano por el cuello, intentando aliviar la tensión.
-Ahora estamos a salvo -intentó tranquilizarla Fred. En ese momento, apareció un sirviente-. Hola, Mansour. ¿Te importa decirle a Salma que lleve a la señorita a su habitación? Podemos cenar en... media hora, si te parece bien.
Ella asintió y, poco después, seguía a una joven criada hasta una habitación con las paredes pintadas en tono marfil y cortinas de terciopelo rojo.

Había una cama con dosel en medio del dormitorio y el suelo estaba cubierto de hermosas alfombras persas.
Salma pulsó un botón para levantar las cortinas, que daban también a la terraza.
-¿Desea darse un baño, señorita?
-Sí, por favor.
La joven criada abrió un armario del que sacó un camisón de seda color champán, con bata a juego.
-Si necesita algo, solo tiene que pedirlo -murmuró antes de desaparecer por una puerta, seguramente el cuarto de baño.
Dejándose caer en un sillón, Mariel se quitó la peluca y las pestañas postizas. Aquel era un disfraz que no pensaba volver a usar en toda su vida.
Salma entró de nuevo cuando estaba atándose el cinturón de la bata.
-Su baño está listo, señorita.

-Lo sabía -dijo Ash-. Sabía que tendríamos problemas.
Haroun, recién duchado, con una especie de kimono y pantalón de raso negro, estaba tirado en un sillón, comiendo distraídamente unas aceitunas mientras hablaba por teléfono.
-Si la conocieras no pensarías eso -suspiró.
-El problema es que Vivian te ha visto. «Vivían» era el nombre en clave para Michel Verdun. Desde el desastre de la Rosa intentaban tener cuidado al hablar por teléfono.
-Solo me ha visto la cara durante un segundo y dudo que...
-¿Qué dices? Tu fotografía ha salido en los periódicos media docena de veces tras las negociaciones con Barakat. Y Vivian no es tonto.
-Ash, no seas pesado. Cuando estés en el trono te haré caso, pero en este momento me aburres. Lo único que hemos dejado atrás es su mochila y no hay conexión entre los dos.
-Os ha visto juntos.
-Michel Verdun tendría que ser un genio para adivinar que hemos entrado separadamente en la oficina y que teníamos diferentes razones para hacerlo.
-Pero no sabes por qué entró ella, ¿no? No sabes para quién trabaja. ¿Cómo sabes que no es uno de los agentes de Vivían?
Haroun tomó otra aceituna.
-Cálmate, Ash. Lo peor es que sigo sin saber dónde está la Rosa. ¿Qué hago ahora? Había pensado...
-Lo primero es sacar a esa mujer de tu apartamento -lo interrumpió su hermano-. ¿No crees que el general Gordon pretende usar el sexo como...?
«General Gordon» era el nombre en clave para Ghasib, el dictador de Bagestan.
-¿Y cómo va a saber el inestimable general dónde estaría yo esta noche?
-Sabemos que hay un informador, Haroun. Por favor, olvídate de ella. No puedes arriesgarte... Podría ser una asesina a sueldo.
Aunque odiaba admitirlo, su hermano tenía razón. No podía arriesgarse. Haroun suspiró por la que podría haber sido la noche de su vida.
-No sabes lo que me estás pidiendo... Pero tienes razón, tú ganas.
-Gracias a Dios -exclamó Ash.
-Y en cuanto a la Rosa... tengo que colgar -se interrumpió Haroun.
Sonriendo, Emma se dirigía a la terraza, donde Mansour había puesto la mesa para cenar.
Estaba boquiabierto. Adiós a la pelirroja de caderas ondulantes. Hola a una morena preciosa que arrastraba la bata por el suelo de mármol.
-¿Es ella? -preguntó su hermano-. ¿Qué pasa, estás en trance? Ten cuidado. Recuerda que puede ser una asesina.
Siguiéndola con los ojos, Haroun apenas lo escuchaba.

En la terraza, Mariel se quedó mirando las luces de la ciudad. Si Fred le había parecido guapo antes, con aquel kimono negro parecía un sultán. Se había duchado, pero seguía sin afeitar y la sombra de barba le daba un aspecto diabólicamente atractivo.

Nunca en toda su vida había perdido la cabeza por un extraño y era absurdo pensar que podría salir algo de aquella aventura... de modo que debía serenarse lo antes posible.

Aunque era tarde, seguía habiendo tráfico en las calles. Al día siguiente era uno de agosto y la mitad de los parisinos abandonarían la ciudad. Casi todos en coche por la amenaza de huelga de los controladores.

Entonces recordó lo que Fred estaba diciendo cuando ella entró en el salón: «en cuanto a la rosa». Qué curioso que estuviese hablando de flores.

¿Y con quién? ¿Con una mujer?

Fred se colocó detrás de ella, apoyando las manos a ambos lados de la barandilla. Mariel sintió el cálido y duro cuerpo del hombre calentando la seda de la bata y apretó los labios, buscando fuerzas para resistir. Sabía que estaba esperando que se diera la vuelta y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no hacerlo.

No sabía nada sobre aquel hombre. Y cuanto antes se fuera de allí, mejor.

Se quedaría en el apartamento a pasar la noche, en su propia cama... Pero si Fred intentaba hacerle el amor, le resultaría imposible resistir. Estaba al límite.

Ash tenía razón, se dijo Haroun a sí mismo. Su presencia era todo un misterio. Empezaba a pensar que no era una prostituta... y, sin embargo, nunca había conocido a una mujer que lo excitase de tal forma.

Qué pena desperdiciar aquella atracción física, pensó. Podía controlar el deseo de besarla en el cuello, pero si ella se volvía y le ofrecía sus labios...

Se quedaron en silencio los dos, tensos.

-¿Cenamos? -preguntó Haroun por fin.

-Sí, gracias -murmuró Mariel.

-Nos serviremos nosotros mismos.

Le había dicho a Mansour que no lo necesitaba y empezaba a lamentarlo.

La noche era muy agradable y la comida, deliciosa. Charlaron sobre el mundo, sobre París y sobre muchas cosas... excepto sobre lo que ambos estaban pensando.

-¿Podría llamar por teléfono después de cenar? Debo conseguir dinero.

-Puedo darte lo que necesites -dijo él.

Mariel negó con la cabeza.

-Solo necesito lo suficiente como para aguantar hasta que me den nuevas tarjetas de crédito en el banco.

Probablemente Hal querría que fuese a California inmediatamente. Pero eso sería imposible sin el pasaporte...

Quizá podría encontrar la forma de entrar en su apartamento. Mariel miró a Fred entonces, pensativa. Un ladrón de guante blanco... Si era cierto, le resultaría de inestimable valor.

-Llamaré a mi... un amigo para pedirle que me envíe un giro urgente.

Su rechazo irritó a Haroun y saber que lo irritaba lo irritó aún más. ¿Qué iba a decir: «mi novio»? ¿Por eso resistía la atracción que había entre ellos?

-Dime qué hacías en la oficina de Verdun.

Emma lo miró. Tenía los ojos almendrados, de color verde, como los de un gato. El pelo castaño le llegaba por los hombros, cortado a capas, seguramente en una buena peluquería. Se había quitado el maquillaje y tenía una piel sin mácula. Y unos labios más que invitadores.

Si la dejaba marchar podría no volver a encontrarla nunca. Había enviado guardias a la calle donde vieron el coche de Verdun, pero ¿y si había alquilado el apartamento bajo un nombre falso?

-¿Por qué no comparamos notas? Quizá podríamos ayudarnos mutuamente -dijo entonces.

Ella hizo una mueca.
-Eso no es posible. No sabemos lo que quiere el otro y, hasta que lo sepamos, no es sensato decir nada.
-Si no lo decimos, nunca lo sabremos -replicó Haroun.
-Sí, es verdad. Es un círculo vicioso.
Podía ver la curva de sus pechos bajo la bata de seda y, por un momento, le pareció que eso era lo más importante del mundo. Que todo lo demás era un juego. Y ese pensamiento lo turbó.
«Podría ser una asesina», recordó las palabras de su hermano. Nada era demasiado bajo para Ghasib, por supuesto, pero esa sería una operación muy sofisticada.
Haroun miró el rostro de Emma. Escondía algo, estaba seguro. Pero, ¿era un intento de asesinato? ¿Con veneno, con un cuchillo?
-Levántate -le ordenó.
El corazón de Mariel dio un vuelco cuando él la levantó de la silla y desabrochó su bata. La estaba registrando, pasando las manos por su espalda, por su estómago...
-¡No me toques! -le espetó con voz ronca, excitada a su pesar.
-Perdóname, Emma. Pero demasiados parientes míos han muerto a manos de un asesino. No pienso morir de la misma forma -sonrió él entonces.
Mariel tardó un momento en entender esas palabras. Y, mientras tanto, Fred seguía acariciando sus pechos a través de la seda del camisón, sus caderas, su trasero, el interior de sus muslos, entre sus piernas...
-¿Qué haces? -exclamó, disimulando su excitación con un tono de furia.
De repente, él enredó las manos en su pelo como si buscase una cápsula de veneno. Irritada, Mariel dio un paso atrás y lo golpeó en el pecho.
-¿Qué demonios estás haciendo?
-Aún no he registrado la bata.
-¡Y no vas a hacerlo!
-Tengo que hacerlo, Emma.
-¡No vas a tocarme otra vez! -exclamó ella, quitándose la bata para tirársela a la cara
Fred miró en los bolsillos y tocó el bajo para ver si había algo escondido allí.
Mientras lo hacía, no dejaba de mirarla. Tenía un cuerpo firme, duro, seguramente porque hacía deporte. Iba desnuda bajo aquel camisón que se pegaba a sus caderas, a su vello púbico, que delataba sus pezones. Incluso podía ver la sombra del tatuaje en su estómago y el piercing del ombligo, tan delgada era la tela.
Emma lo miraba con los ojos verdes llenos de furia. Seguramente había arruinado su oportunidad con ella y maldijo a Ash por su paranoia. Y por habérsela contagiado.
Iba a ponerle la bata de nuevo, pero ella se la arrebató fulminándolo con la mirada.
Ahora me toca a mí registrarte, ¿no? También tú podrías querer matarme.
Si no hubiese tanta tensión en el aire, Haroun habría soltado una carcajada. En lugar de hacerlo, abrió los brazos como alguien a punto de pasar por un detector de metales.
Ella lo registró como una profesional. Desde el cuello hasta los brazos, las axilas, el torso, la cintura... encontró el móvil en el bolsillo del kimono y después de dejarlo sobre la mesa volvió a su tarea.
Haroun se excitó como nunca al sentir que apretaba sus nalgas. Y cuando Emma dobló las rodillas, con la cara a la altura de su entrepierna... su miembro se puso en alerta total.
Era imposible no darse cuenta de que algo empujaba la seda negra, pero Mariel apretó los dientes y siguió palpando los muslos.
-Si sigues tocándome, no me hago responsable de las consecuencias.
-Estoy buscando una pistola -murmuró ella, deslizando las manos por sus piernas.

Mientras tanto, el hambriento miembro masculino amenazaba con hacer estallar la tela del pijama.
Guando se incorporó, los dos permanecieron en silencio unos segundos, mirándose a los ojos.
-Somos como dos polillas atraídas hacia una luz que no pueden resistir -dijo Fred.
Mariel se pasó la lengua por los labios. Sabía que estaba arriesgándose, pero era una experiencia deliciosa.
Y él no podía esperar más. Pero cuando se inclinaba para buscar su boca... el móvil empezó a sonar.
Tenía que ser Ash. Y sabía bien que, si no contestaba, el guardia de seguridad entraría en el apartamento como una tromba.
Mascullando una maldición, tomó el desagradable aparato.
-Baleh.
-Es el último día del mes -dijo su hermano-. Se me había olvidado darte los nuevos números de teléfono.
-Ya.
-¿Estás preparado?
Haroun se acercó a la barandilla, respirando profundamente para calmarse.
-Dime -murmuró, copiando los números en el móvil según los dictaba su hermano. Era una de las muchas medidas de precaución sobre las que había insistido Najib, que se encargaba de la seguridad. Nuevos números cada mes para los móviles, incluyendo el suyo. Haroun copió su nuevo número y después se despidió.
-Ten cuidado -le advirtió Ash.
Emma había vuelto a sentarse y estaba tomando el postre.
-Revenons á nos affaires...
O, ¿dónde estábamos?
-Estábamos cenando -dijo ella entonces, evitando el incidente del registro.
-Mi hermano y tú tenéis mucho en común -suspiró Haroun.
-¿Quién es tu hermano?
Él se acercó al carrito de servir.
-¿Café?
Mariel asintió con la cabeza.
Tomaron café en silencio, un café turco muy fuerte, perdidos en sus pensamientos.
-¿Te importa si uso el teléfono ahora? -Puedo darte el dinero que quieras. Si prefieres, podemos llamarlo un préstamo.
Pero Mariel no podía aceptar dinero si era de Ghasib o Michel Verdun...
-¿Puedo hablar por teléfono en privado?
Los ojos oscuros del hombre se encendieron.
-Me temo que eso no será posible.
-¿La línea está pinchada?
-No que yo sepa. Pero, ¿quién sabe? Incluso podrían estar escuchando esta conversación.
Mariel miró alrededor. Frente a la terraza solo estaban los jardines de las Tullerías y el Sena. Parecían estar en otro mundo, alejados de todo. Era una noche clara y las luces de París no conseguían esconder las estrellas.
Fred se levantó para abrir un armario al otro lado de la terraza, del que sacó un teléfono inalámbrico.
De modo que tendría que llamar a Hal delante de él...
Había números importantes grabados en su móvil y copiados en la agenda, ambos desaparecidos por el momento. Pero afortunadamente había un número que recordaba de memoria, el despacho de Hal Ward.
-¿Dígame?

-Hola, soy Emma. ¿Qué tal van las cosas? Hal supo inmediatamente que pasaba algo porque esa frase era el código rojo.
-¿La línea está limpia?
-No estoy segura. He perdido el bolso y necesito dinero. Estaba... haciendo horas extra y me he encontrado con un problema.
Como pudo, en lenguaje clave, le contó lo que había pasado. Y también le contó que estaba en el apartamento del extraño cuya fotografía sacó de uno de los archivos de Verdun.
-¿Ese tipo es legal?
-No lo sé -contestó Mariel-. Sospecha que soy una asesina a sueldo -añadió, sonriendo.
Fred soltó una carcajada.
-¿En serio?
-Acaba de registrarme.
-Ten cuidado, Emma. ¿No puedes salir de ahí esta misma noche? Yo podría reservar habitación en un hotel desde aquí y...
-No puedo ir a un hotel sin mi documento de identidad.
-Ah, es verdad. ¿Has denunciado el robo del bolso a la policía?
-No he podido. Iba vestida como una buscona.
-Esto no me gusta nada -murmuró su primo-. Lo más importante es salir de París. Los controladores empiezan la huelga a medianoche, pero podrías tomar un tren... ¿Puedes ir a la oficina de correos de la Gare de Lyon mañana a primera hora?
Mariel no quería dejar la investigación a medias pero, tal y como estaban las cosas, no tenía más remedio.
-Sí, creo que sí.
-Muy bien. Te enviaré allí el dinero e insistiré en que te lo den sin pedir documentación. Después toma un tren, pero no vayas a casa de tu padre ni a casa de ningún amigo... si Verdun tiene tu agenda podría encontrarte con facilidad. Ve a algún hotel pequeño y quédate allí un par de días. Llámame en cuanto llegues.
-De acuerdo.
Debía denunciar el robo del bolso en cuanto llegase a su lugar de destino para que le dieran una rarte d'idenlité temporal.
-No estaré en la oficina durante el fin de semana, así que llámame al móvil. Llámame cada doce horas, a mediodía y a medianoche. Eso es... las nueve de la mañana y de la tarde en París.
-Tendrás que recordarme el número. Espera un momento, voy por un lápiz...
Fred se levantó para sacar un cuaderno y un bolígrafo del armario y, después de anotar el número, Mariel colgó, suspirando.
Un minuto después terminaba su café turco. Los oscuros granos, en los que las gitanas leían el futuro, se deslizaban por la taza tomando la forma de una guillotina.

Capítulo Cinco

Fred se levantó y, como un carcelero, esperó a que lo precediese para entrar en el salón. Después, se dejó caer en un sofá de piel color crema y tomó un periódico árabe.
Era todo muy íntimo, muy invitador. Mariel casi podía imaginarse a sí misma leyendo un libro, con la cabeza sobre sus rodillas...
Pero no, no pensaba hacerlo.
Nerviosa, tomóun montón de revistas de la mesa.
-¿Puedo llevármelas a la habitación?
-¿No tienes sueño?

-¿Y tú? -replicó ella.
Fred se encogió de hombros.
-Llévate lo que quieras. Pero no tienes nada que temer.
Mariel tomó las revistas y, murmurando una despedida, salió del salón. Afortunadamente había cerrojo en la puerta y, además de echarlo, colocó un sillón apoyado en el picaporte. Después comprobó el cerrojo de la terraza y, por fin, se metió en la cama, pensativa.
Tenía la intuición de que podía confiar en Fred. Pero, por otra parte, temía que la asesinase mientras dormía. Quería acercarse a él, pero si lo espiaba podría encontrar alguna pista sobre su identidad.
Y su cuerpo pedía a gritos que se acostara con él.
Mariel intentó ignorar todos aquellos sentimientos y dormir un poco, pero era incapaz. De modo que tomó la revista Hello!, esperando que ejerciese un efecto soporífero.
Boda en el paraíso, anunciaba la portada, mostrando la fotografía de una feliz pareja.

Después de cinco años, el príncipe Najib y su esposa al fin juntos. Fotografías exclusivas de la boda en palacio.
Una inglesa casándose con un príncipe árabe... Y con el vestido de novia más bonito que Mariel había visto nunca. El príncipe Najib era consejero del príncipe Rafi de Barakat y, lo más importante según el artículo, heredero del depuesto sultán de Bagestan, cuya familia estaba viviendo de incógnito en alguna parte del mundo desde 1972.

El príncipe le recordaba a Fred. Quizá solo los rasgos árabes, pensó. Aunque no era tan guapo.
La historia del príncipe Najib era muy romántica. Por lo visto, había vuelto a reunirse con su mujer después de cinco años, durante los cuales no recordaba que tenía una esposa y un hijo...
Mariel se quedó dormida entre un párrafo y otro.

-Siento molestarlo a estas horas, pero acabo de saber algo que podría ser de crucial importancia para descubrir a los herederos de *al J*awadi. Me pregunto si Su Excelencia conoce la existencia de *la Rosa de al Jawadi*.
-Supongo que se refiere a la Rosa de Bagestan, señor Verdun. Por supuesto que la conozco. Una joya de incalculable valor robada al pueblo de Bagestan por *los al Jawadi* hace treinta años, cuando el régimen corrupto fue derrocado gracias al glorioso presidente Ghasib.
-Sí, por supuesto, la Rosa de Bagestan -se corrigió inmediatamente Michel Verdun.
-¿Y?
-Acabo de saber que la Rosa ha aparecido. Por lo visto, estaba en posesión de la esposa del príncipe Najib.
-Entonces, debe ser recuperada -dijo su interlocutor.
-Es que... alguien se la ha llevado de su casa.
-¿Quién?
-No sabemos quién ha sido, pero tengo la fotografía de un hombre que fue visto en la casa el mismo día que desapareció. La tengo aquí.
El encargado de asuntos económicos de la Embajada tomó la fotografía sin mucho interés, pero enseguida apretó los labios, furioso.
-¿Este hombre se ha llevado la Rosa? ¿Está seguro?
-No, no estoy seguro -contestó Verdun-. Nadie lo vio llevársela. Pero estaba en el piso y... creo que es el mismo hombre que ha entrado esta noche en mi oficina.
-¿En su oficina? ¿Cómo puede ser?
-Creo que una de mis empleadas lo ayudó.
-¿Y esa empleada sabe...?

-No, nadie tiene acceso a los documentos importantes. Ella solo...
-Es usted un imbécil, señor Verdun. ¿No sabe que no se debe confiar en las mujeres?
Él asintió, como para disculparse.
-Desgraciadamente, mi jefe de informática renunció a su puesto recientemente para marcharse a Estados Unidos y no es fácil contratar a un experto de ese calibre. Pero le aseguro que ninguna otra mujer tiene un puesto de importancia...
-Haré circular esta fotografía.
-Quizá no sepa que este hombre es un consejero del príncipe...
-Es de esperar que los príncipes de Barakat den cobijo a un al Jawadi.

Mariel despertó con la luz del sol que entraba a través de las cortinas y se quedó un rato en la cama, pensativa.
Ni dinero, ni documentos, ni teléfono, ni ropa limpia... Había aceptado dormir en casa de un hombre cuyos motivos para entrar en la oficina de Michel Verdun le eran desconocidos y cuyo rostro hacía que se marease.
Una situación que no le desearía a nadie. Pero estaba viva. Eso era algo. Y, sin saber por qué, tenía una sensación de felicidad completamente absurda en sus circunstancias.
Cuando se dio cuenta, saltó de la cama. Eran más de las ocho y debía ir a la oficina de correos de la Gare de Lyon.
Después de una ducha rápida, buscó sus cosas en la habitación... Alguien había lavado su ropa interior y cepillado las botas.
No le apetecía nada ir vestida como una buscona por la exclusiva *rue de Rivoli*, pero la alternativa era pedirle dinero prestado a Fred para un taxi y eso le apetecía menos.
Tomó el papel donde había anotado el número de móvil de Hal, lo guardó en el bolsillo de la minifalda, apartó el sillón de la puerta y quitó el cerrojo...
Pero salió por la terraza. Estaba desierta.
Dio la vuelta y encontró a Mansour, de espaldas, poniendo la mesa para el desayuno.
-Buenos días-oyó una voz tras ella.
Mariel se dio la vuelta. Fred se acercaba con pantalón corto, zapatillas de deporte y una toalla al cuello. Nada más.
Su piel brillaba, húmeda de la ducha, y el pelo oscuro caía sobre su frente. Tampoco se había afeitado aquel día y parecía un anuncio de carísima colonia masculina.
-*Bonjour* -murmuró ella.
-¿Has dormido bien?
-Sí, gracias -mintió Mariel.
-¿Quieres desayunar conmigo?
-Claro.
Unos minutos después estaban sentados a la mesa y Fred extendía mantequilla sobre una tostada.
-¿Has conseguido que te enviasen dinero?
-Sí, tengo que ir a la Gare de Lyon.
-Yo te llevaré.
-No hace falta.
-Claro que sí. Si el dinero no ha llegado, ¿qué vas a hacer?
Quizá porque su corazón estaba en guerra con su sentido común, Mariel pensó que aquel era un argumento irrebatible.
Seguramente tenía razones ocultas para acompañarla, pero no podía evitar sentir una inmensa alegría al pensar que no iban a separarse... aún. No quería marcharse hasta haber establecido algún tipo de conexión con él. Algo que le permitiese volver a verlo algún día.

Media hora después se levantaron de la mesa y tomaron el ascensor. Ella, con su ropa de mujer de la calle, él con un polo negro, pantalones color arena y mocasines de ante de la casa Gucci. Parecía un turista rico, alguien completamente opuesto a la joven de botas altas que iba a su lado.
Era temprano, pero ya había gente en la galería comercial. Todos turistas, claro. Los parisinos que no se hubieran ido de vacaciones la noche anterior, lo harían aquella mañana.
Cuando Mariel salió del ascensor, una mujer se quedó mirándola de arriba abajo, como preguntándose si aquel atuendo sería lo último en París. Ella contuvo una risita. Iba a ser responsable de una nueva moda en Japón o...
En ese momento, Fred tiró de su brazo. También Mariel acababa de ver a tres hombres árabes en una esquina.
¿Cómo había podido encontrarla Michel Verdun? Volvieron a entrar en el ascensor y él encajó la tarjeta magnética de golpe, pulsando el botón del garaje.
-Tendremos que ir en mi coche... sígueme. Pero cuando llegaron al garaje, tres hombres que aparentaban estar revisando un deportivo, levantaron la cabeza.
Fred volvió a empujarla hacia el ascensor, pero las puertas se habían cerrado. Y los hombres se dirigían hacia ellos.
-¡Por aquí!
Había una valla de metal al final del garaje. Fred metió la tarjeta y la valla empezó a levantarse con agónica lentitud.
-¡Vamos!
Mariel se tiró al suelo para pasar por debajo y él hizo lo mismo. Después corrieron por el callejón hasta que ella se quedó sin aliento... No podía ir más rápido con los tacones de aguja, pero no habían conseguido perder a sus perseguidores.
-¡Aquí! -exclamó Fred, empujándola dentro de una tiendecita.
Era una pequeña boutique, pero tenía probadores.
-¿Qué hago?
-Toma algo de ropa y escóndete.
Había dos dependientes, una chica y un chico, pero no les prestaron demasiada atención.
-¿Os importa si echamos un vistazo?
-No, claro. Adelante -respondió la chica. Llevaba un aro en la nariz, una especie de camisón verde hasta media pierna y leotardos negros con botas militares.
Mariel tomó un par de viejos vaqueros y unas camisetas.
-¿Puedo probarme esto?
-Pruébese lo que le apetezca. ¿Quiere cambiar de imagen?
-Sí... eso es.
-Pues aquí tenemos de todo.
Fred estaba hablando con el chico, que lucía el mismo aspecto *grunge* que la dependienta. Mientras Mariel cerraba las cortinas del probador, vio que él se dirigía al otro.
-Tenemos botas de su talla... creo. Voy a mirar.
Mientras se desnudaba, echó un vistazo a lo que tenía en la mano. Cualquier cosa sería mejor que lo que llevaba puesto, pero grunge... ¿No podían haber entrado en una tienda normal y corriente?
Suspirando, se probó los vaqueros, de costuras cosidas con imperdibles. Le quedaban por la cadera, dejando al descubierto el tatuaje y el piercing del ombligo. Después, entre todos los horrores que llevaba en la mano, eligió una camiseta blanca sin mangas con cremallera a la espalda.
No estaba tan mal. Moderna, desde luego.
Fuera, los chicos estaban hablando de un concierto al que habían ido el día anterior. Pero entonces la joven cambió de tema:

-¿Tú de qué crees que van estos dos? -preguntó en voz baja.
-Ni idea.
-Yo no entiendo nada. ¿Por qué un tío como él quiere vestir *grunge* de repente?
-Yo qué sé.
-¿Crees que están escondiéndose de alguien? He visto a un tío asomándose en la tienda con una cara muy rara.
-Tú has visto muchas películas -rio el joven.
Mariel sintió un escalofrío. De modo que estaban siguiéndolos todavía. Cuando salió del probador, el chico la miró, impresionado.
-Está muy bien. ¿Quiere unas botas militares?
-Sí -contestó ella-. Lo quiero todo.
Fred salió entonces del probador con pantalones de camuflaje, botas y una camiseta negra de manga cortísima que dejaba al descubierto sus impresionantes bíceps.
Mariel contuvo una risita. Parecía un modelo de revista gay.
-¿Van a una fiesta de disfraces? -preguntó la chica.
-Sí -contestó Fred-. Somos productores de una banda de rock.
-¿Cuál? -preguntó el joven, interesado. -Es una banda americana... estamos lanzándola en Europa y seguramente no la conocéis todavía. Se llaman... Procedimiento Quirúrgico.
-¡Claro que sí! -exclamó la dependienta-. Estoy segura de haber oído ese nombre.
-Me alegro mucho. Y espero que compréis sus discos.
-¿Van al festival de Fréjus?
-¿Es un buen festival?
-Por supuesto. Es casi como el Espárrago Rock, en España. Pero... a usted le hace falta un piercing.
-No pienso...
-No tiene que hacerse agujeros de verdad, nosotros tenemos unos que se sujetan con imán. Y tatuajes de los que se borran...
Diez minutos después, ambos dependientes los miraban de arriba abajo.
-Muy bien. Muy *grunge*. Pero están demasiado limpios -dijo la chica.
La verdad, era una transformación impresionante... Fred llevaba tatuajes en los dos brazos y un aro en la ceja. Afortunadamente, su tatuaje y el *piercing* en el ombligo iban que ni pintados.
-Deberían cambiarse el pelo.
-¿Tenéis pelucas?
-Nosotros no, pero aquí al lado hay una peluquería. Se entra por esa puerta.
Fred pagó por los trapos y tomó la bolsa con su ropa.
-No le contéis nada a nadie, ¿eh? Acabamos de llegar a París y queremos hacer la promoción sin que la prensa nos moleste. ¿Podréis mantener la boca cerrada?
Los dos jóvenes asintieron vigorosamente. Entraron en la peluquería, donde dos hombres estaban tiñéndose el pelo de naranja y azul respectivamente, y echaron un vistazo rápido.
-Me parece que esa otra puerta da a un callejón. Ve hacia allí y...
-Bonjour, madame. Bonjour, monsieur-los saludó una mujer de pelo rojo como el fuego.
Fred masculló una maldición.
-Quieren cambiar su imagen -dijo el joven de la tienda, que había entrado tras ellos-. ¿Tienes tiempo, Cecile?
-¡Claro que sí!
Un minuto después les habían puesto una toalla alrededor del cuello y cada uno tenía la cabeza en un lavabo.

-Esto no me huele nada bien -suspiró Hal Ward-. Verdun está mezclado con todos los villanos de este planeta. Vigílala. Está en el Charlemagne. Y pon a alguien en la Gare de Lyon, por si acaso.
-De acuerdo.
-No te acerques a menos que esté en peligro... pero si es así, haz lo que sea necesario para protegerla. Solo quiero que Mariel esté a salvo.
-Te queda muy bien -dijo Mariel, examinando el pelo amarillo de Fred.
Tenía que contener la risa, por supuesto.
-Muy graciosa.
Habían salido por la puerta trasera de la peluquería y acababan de tomar un taxi para la Gare de Lvon.
-Me encantan sobre todo las raíces negras. Añade ese toque de dejado que le va tan bien al productor de una banda de rock.
Era asombroso cómo un par de tatuajes falsos, un pendiente en la ceja y un nuevo color de pelo lo hacían parecer tan diferente.
Pero nada podía disfrazar su hermosa piel morena, ni su aspecto de buena salud. Ni el atractivo sexual que emanaba y que era demasiado para cualquier mujer con sangre en las venas.
-Menos mal que te has quitado los mocasines de Gucci.
Fred le dio un tirón a sus coletas verdes. Parecía una quinceañera mimada y rebelde.
-¿Cuántos años tienes?
Mariel soltó una carcajada.
-Doce.
-Al menos, yo podré cambiarme de ropa en la estación. Pero tú... ¿qué piensas hacer? -Compraré algo decente en cuanto reciba el dinero.
-¿Y dónde irás?
-No estoy segura. Supongo que a algún hotel.
Pero no mencionó que pensaba irse de París.
-¿Qué hotel?
Ella se mordió los labios. Ojalá pudiera decírselo.
De repente, entendió por qué los espías arruinaban su carrera por una noche de sexo. Su cerebro parecía haber dejado de funcionar lógicamente desde que vio la fotografía de aquel hombre.
-Aún... no lo he decidido.
Fred la miraba a los ojos como si quisiera leer sus pensamientos.
-Emma, esto no es un juego de niños y tú lo sabes. Si estás con mis enemigos no podrás escapar. Si eres inocente, ahora compartes el peligro conmigo -dijo entonces-. Tienes la oportunidad de confesar y yo necesito saber la verdad sobre ti -añadió, con cierta desesperación-. Dime la verdad, Emma.

Capítulo Seis

En ese momento el taxi se detuvo tras una fila de coches que esperaban para entrar en la *Gare de Lyon*.
-Tardaremos más de media hora en llegar -suspiró el taxista.
-Nos bajamos aquí -dijo Fred.
Mariel lo siguió hasta la entrada de la estación.
Aquello era un caos: coches que intentaban entrar en el aparcamiento, gente tirando de sus maletas, niños llorando...

-¡La huelga! Se me había olvidado la huelga de controladores.
Seguramente sería imposible encontrar un billete de tren porque la mitad de París estaría intentando llegar al Mediterráneo.
Dentro de la estación había más gente todavía y resultaba difícil caminar.
-Dónde estará la oficina de correos?
-Vamos a buscarla -dijo él, tomando su mano.
Mariel se sentía diminuta en medio de aquella masa humana y se alegró de que Fred hubiera ido con ella.
Tardaron diez minutos en encontrarla pero, por fin, estaban frente a la oficina de correos.
Allí también había cola y, con un suspiro de resignación, se colocó detrás del último. Mientras tanto, Fred se apoyó en una papelera, perdido en sus pensamientos.
No sabía cómo lo habían localizado los hombres de Ghasib, pero no estaban interesados en cualquier consejero del príncipe. Estaba claro que o sabían o sospechaban su identidad.
Pero estaba preparado para eso desde que los agentes de Ghasib localizaron la Rosa antes que ellos. Un informador se había infiltrado en la organización y, a juzgar por lo rápido que trabajaba, era capaz de hacer mucho daño.
Siempre pensaron que Ghasib no se atrevería a asesinar a ningún miembro de la familia al Jawadi por miedo a las repercusiones en Bagestan. El pueblo podría rebelarse al saber que habían asesinado a uno de los herederos del depuesto sultán...
Pero si podía asesinar a uno de los herederos antes de que su identidad se hiciera pública, la repercusión sería menor.
Se preguntó entonces si Emma sería el informador. Había sido un estúpido dejándola usar el teléfono... Pero no sería el primer hombre que se perdiese por una cara bonita.
Y si ella era la informadora, los hombres de Ghasib pronto aparecerían por allí.
Haroun dejó la bolsa a sus pies y sacó el móvil del bolsillo. Pulsó en la agenda el nombre de Ash y al ver un número desconocido en la pantalla, intentó memorizarlo. Era el número que le había dado por la noche. Si perdía el móvil, estaría con el agua al cuello.
Tenía el teléfono en una mano y la otra en el bolsillo cuando se le acercó un mendigo.
-¿Me da algo para un café?
«Cuando se te acerque un mendigo, dale la primera moneda que encuentres».
Era un viejo dicho, pero Haroun siempre había sido un poco supersticioso. Tenía en la mano todas las monedas que le sobraron al pagar el taxi y sencillamente se las entregó.
-Baleh -oyó la voz de su hermano al teléfono cuando el mendigo le daba las gracias.
-Ash, soy yo.
-¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?
-En la *Gare de Lyon*.
-¿Qué haces ahí?
-He tenido que salir corriendo. Tres hombres estaban vigilando en el Charlemagne y..
-¿Hombres de Ghasib?
-No lo sé, pero ahora llevo el pelo amarillo y un pendiente en la ceja. Y no creo que tarden mucho en encontrarnos.
-¿Sigues con esa mujer?
-Sí. Una mujer con el pelo verde -suspiró Haroun.
-¿No es evidente que es ella la que está informando de tus movimientos?
-Es posible. Pero mayor razón para no apartarme de su lado, ¿no te parece? Así me enteraré de lo que sabe.
-¿Y si sabe cómo clavarte uno de sus tacones en el corazón?
-No creo que... -Haroun dejó la frase en suspenso al oír a dos hombres hablando en árabe-. Luego te llamo.

Había reconocido una de las voces. No podía ponerle nombre, pero estaba seguro de haberla oído antes. Como no podía volverse, aguzó el oído para escuchar la conversación.
-¿A Niza? ¿Para qué vamos a Niza?
-Porque solo he podido conseguir estos billetes. Desde Niza podemos ir a Italia en avión. El tren sale dentro de una hora -dijo el hombre cuya voz le resultaba familiar.
-Creo que deberíamos esperar instrucciones en París.
-Aquí estamos en peligro, Yusuf. Si nos quitan la Rosa, ¿cuál sería nuestra excusa? ¿No ha llegado el emisario y nos quedamos en una ciudad llena de espías y enemigos?
A Haroun se le puso la piel de gallina. ¿Estaba alucinando? No, lo había oído. *Al warda*. La Rosa.
-¡Ya está! -exclamó Emma, guardando un montón de francos en el bolsillo del exótico pantalón vaquero.
Fred la tomó por la cintura con una mano y con la otra le hizo un gesto de advertencia.
Cuidado... ¿Puedes describir a los dos hombres que hay detrás de mí? -le preguntó en voz baja.
Mariel, con el corazón acelerado, intentó observarlos sin ser vista.
-Son árabes. Uno es bajito, delgado, muy oscuro, de unos veinticinco años, con una barbita recortada. El otro...
Fred le puso un dedo sobre los labios. Los hombres estaban hablando y quería escuchar lo que decían.
-¿Y el otro? -preguntó después.
-Alto, delgado, de unos treinta años, con una cicatriz en el pómulo...
-¿En qué lado?
-El derecho... Se marchan.
-¡Se marchan!
No podía dejarlos ir. Tenía que arriesgarse, aunque de ese modo descubrieran su identidad.
Fred se volvió, pero los hombres se perdían entre la multitud.
Uno de ellos llevaba tina bolsa roja de deporte, que sujetaba como si le fuera la vida en ello.
-¡Allah, seguramente está en esa bolsa! Estaba a un metro de mi mano... Ven, no podemos perderlos. Necesito identificarlos para...
Alguien se chocó contra ellos entonces y
Mariel sintió que le tiraban algo caliente en la camiseta. Un vaso de café.
Solo tuvo tiempo de ahogar un grito antes de que una docena de críos los rodeasen. Tenían un aspecto muy sucio y parecían estar pidiendo dinero, pero no lo hacían en francés...
Cuando por fin se alejaron a la desbandada, ella se llevó la mano al bolsillo del pantalón.
-¡Mi dinero! ¡Se han llevado mi dinero!
-A mí me han quitado el móvil.
-Incluso se han llevado la bolsa de la ropa... -Unos monstruitos muy eficientes. Nos han dejado limpios -suspiró Fred.
-Tengo que llamar a mi... amigo para pedirle que vuelva a mandarme dinero. Qué horror, ni siquiera tengo unas monedas para llamar por teléfono.
Fred levantó las manos en un gesto de rendición.
-Yo tampoco.
-¿Y ahora qué hacemos? Quizá la policía nos deje llamar por teléfono. Tenemos que denunciar el robo.
-No tenemos tiempo para eso. Además, mira qué pinta llevamos...
Era cierto. Denunciar el robo no serviría de nada. Todo el mundo conocía las bandas de niños árabes y gitanos de París, pero nadie parecía capaz de solucionar el asunto.
-¿Y qué vamos a hacer?
-Tenemos que hacer una cosa cueste lo que cueste -dijo Fred.

-¿ Qué?
-Tomar el tren que sale dentro de una hora con destino a Niza.

-¿Lleva un *piercing* y el pelo amarillo?
-Por lo visto, ha tenido que hacérselo para evitar a los hombres que los perseguían -suspiró Ash.
-Pues con nosotros ha funcionado. No sé con los demás.
-Hay varios grupos siguiéndolo, ¿no?
-Yo creo que tres. Sin contarnos a nosotros. Ash lanzó una maldición.
-¿Alguien sabe qué hace en la Gare de Lyon? ¿Dónde piensa ir?
-No lo sabemos.
-Me ha cortado en medio de la conversación y ahora está comunicando todo el tiempo.
-Te llamaré en cuanto llegue a la estación.

-¡He encontrado algo! Diez céntimos, ya somos ricos -suspiró Mariel.
Iban por la estación buscando monedas, esperando encontrar suficientes para comprar una tarjeta telefónica. Sin ella, tendrían que esperar una larguísima cola para llamar a Hal a cobro revertido.
-No puedo creer que nos hayan robado todo el dinero. ¿Seguro que no te han dejado alguna moneda?
-Le di todo el cambio que llevaba a un mendigo -suspiró Fred.
-¿Le diste todo tu dinero a un mendigo? -rió ella-. ¿Y esa buena acción no debería habernos asegurado un poco de suerte?
-Me parece que eso no está en el contrato.
-¿Ah, no?
-Los caminos de Allah son misteriosos. Lo que a los humanos nos parece una tragedia podría ser parte de un propósito superior.
-Ah, claro. Pues ahora que tu mendigo está forrado, quizá quiera compartir algo con nosotros. ¿Lo ves por algún sitio?
-Me temo que no. Se habrá ido a desayunar...
-¡Espera un momento! ¡Un mendigo! Yo también puedo mendigar.
-¿Tú crees?
-¿Por qué no?
-No creo que sea tan fácil -dijo Fred. -¿Crees que podría tener un problema territorial? ¿Como con las chicas de anoche?
-No estoy seguro.
-Pues yo voy a intentarlo.
Mariel empezó a pedir dinero, pero la gente tenía demasiada prisa. Todo el mundo parecía ir corriendo y nadie se detenía para rascarse el bolsillo.
Pero no era solo eso. Pedir dinero le resultaba francamente difícil. Intentaba explicarles que le habían robado, pero... no, no estaba hecha para pedir.
Solo al reconocer un acento americano se puso las pilas.
-Le compraré un bocadillo si tiene hambre -dijo la mujer.
-Es que necesito llamar por teléfono -insistió Mariel.
-No, lo siento. No quiero que se lo gaste en drogas.
No podía discutir. Con su aspecto, era normal que la mujer hubiera pensado eso.
-¿Me compraría una tarjeta telefónica en lugar del bocadillo?
-¿Promete usarla y no venderla? -preguntó la americana.
-Se lo prometo.
-Muy bien. ¿Dónde se compran?

Unos minutos después, Mariel volvía dando saltitos con la tarjeta en la mano. Desgraciadamente, en las cabinas también había cola.
Entonces recordó algo que la hizo ahogar un grito.
-¿Qué pasa?
-El número de mi amigo estaba en el bolsillo de mi falda. ¡En la bolsa que nos han robado!
Fred soltó una carcajada. Aquello era imposible.
-Y los que yo necesito, en mi móvil. Estamos perdidos.

Capítulo Siete

-¿Por qué es tan importante que tomes ese tren? -preguntó Mariel.
-Ya te lo he dicho... porque los dos hombres irán en él.
-Ah, eso explica mucho.
Fred dejó escapar un suspiro.
-Tienen algo que es mío y si lo pierdo ahora lo perderé para siempre.
-¿Es muy valioso?
-Inmensamente valioso para mi familia... y para muchas otras personas.
-Pues si tu amigo no llega pronto, no habrá nada que hacer.
-Llegará, no te preocupes.
Fred había llamado a un amigo cuyo número recordaba para pedirle dinero. El aceptó, pero le dijo que llegar a la *Gare de Lyon* en aquel momento resultaría difícil por el tráfico. Y llevaban media hora esperando.
-¿Qué vas a hacer si no llega antes de que salga el tren?
-Subir de todas formas. Y tú también. ¿Ves a esos hombres por alguna parte?
-No. Y no pienso subir al tren.
-Si no vemos a esos hombres, tendrás que subir conmigo. Ahora no puedo explicártelo, pero algún día sabrás lo importante que es.
El hecho era que a Mariel le daba igual dónde ir, mientras saliese de París. Niza era un destino tan bueno como cualquier otro.
Sencillamente, necesitaba hacer tiempo el fin de semana hasta que Hal volviese el lunes a la oficina. Y sería más fácil vivir sin dinero fuera de París. Además, una parte de ella quería seguir con Fred, fuese donde fuese.
Sin embargo, le daba rabia que él la quisiera a su lado solo para ayudarlo a reconocer a los árabes y no porque quisiera estar con ella.
-No me gusta que me digan lo que debo hacer.
-Calla... Mira a ese hombre.
Un hombre alto estaba discutiendo con un chico joven, mostrándole un montón de dinero.
-¿Qué hace? -preguntó Mariel.
-Creo que está intentando comprar su billete.
-Pues nosotros no podemos hacer lo mismo -suspiró ella.
-Es uno de los que nos siguieron esta mañana desde el *Charlemagne*.
-¿De verdad? ¿Estás seguro?
-Completamente. Tenemos que subir al tren y evitar que ese hombre suba. Tengo una idea...

-Perdóneme, Excelencia, pero no podemos hacer nada en la estación. Está llena de gente y tendríamos cientos de testigos.
El hombre, con un móvil en la mano, se pasó la otra por la frente para secarse el sudor.

-Zounab está intentando comprar billetes porque ya no quedan asientos libres, Excelencia. Está claro que ellos también intentan subir al tren. Parecen estar esperando a un cómplice - añadió, pegándose el teléfono a la oreja para oír- mejor.
-Excelencia, si es él no tenemos nada que temer. ¿Un hombre de pelo amarillo y *piercing* en la ceja? Nuestro pueblo no aceptaría eso. Tenemos que acorralarlo en un sitio menos público. Si nos arrestan, será difícil que no nos conecten con usted, Excelencia...
En ese momento, oyó un grito. Un hombre estaba abriéndose paso entre la multitud como un atleta.
-¡Emma! *Non, ne me laisse pas*! ¡No me dejes!
El agente que hablaba por teléfono reconoció a su presa y apretó los dientes. Zounab, el hombre que intentaba comprar el billete, se volvió, atónito, al comprobar que tenía las manos vacías.
Mientras tanto, la joven de pelo verde corría por el andén, billete en mano.
-¡Déjame en paz! ¡Te odio! ¡No quiero volver a verte nunca más!
Le mostró el billete al perplejo guardia de seguridad, que la dejó pasar sin saber muy bien qué estaba haciendo.
El joven que la perseguía se saltó el control sin dejar de gritar:
-¡Emma! ¡No me dejes!
Poco después habían desaparecido entre la multitud. Zounab intentó perseguirlos, pero al no tener billete el guardia lo detuvo.
Unos minutos después, el tren se ponía en marcha.

El tren estaba abarrotado, con gente de pie buscando su asiento entre montones de maletas. Mariel iba muerta de risa por un pasillo hasta que, por fin, él la tomó por la cintura. Así se quedaron, riendo y jadeando, hasta que el tren se puso en marcha.
-Primera parada, Lyon -declaró Fred, triunfante, acariciando una de sus verdes coletas.
-Menuda exhibición atlética. Debes de ser un ladrón de verdad -río Mariel.
Fred se inclinó para buscar su boca y ella le dejó. Después de haber roto todas las reglas del comportamiento decoroso aquella mañana, un beso era lo que más le apetecía.
El se apoyó en la pared del tren y Mariel cayó sobre su torso, casi tumbada encima. El beso no terminaba nunca y cuando se apartó para mirarlo, no pudo contener una risita.
-Más, la próxima vez.
-Iremos vagón por vagón, como buscando asiento. Avísame cuando veas al hombre de la cicatriz. Camina despacio para que no se te escapen.
Caminar despacio no era precisamente un problema porque los pasillos estaban abarrotados. Normalmente aquel tren iría solo ocupado a medias pero, debido a la huelga de controlares aéreos, había gente con maletas por todas partes.
Por fin, dos vagones más tarde, los vio, en los últimos asientos, pegados a la pared.
-Son esos -murmuró.
-Sigue andando -dijo Fred en voz baja.
Esperaron que se abriese la puerta automática y salieron al pasillo.
-¿Has conseguido...? -Mariel no terminó la frase al ver que se había puesto pálido. Haroun apoyó la cabeza en la pared, estupefacto. Ramiz. No podía creerlo. Ramiz Bahrami, amigo personal del príncipe Karim de Barakat. De una familia noble que siempre había servido a los príncipes.
Entonces recordó... Rarniz Bahrami había desaparecido unos meses antes. ¿Era posible que los propios príncipes de Barakat estuvieran secretamente apoyando a Ghasib contra los *al Jawadi*?
No podía ser. Eso sería como creer que su propia mano se había vuelto contra él.

Y, sin embargo, era igual de imposible pensar que Ramiz estaba traicionando al príncipe Karim.

¿Habría entendido mal la conversación? Pero Ramiz sujetaba la bolsa roja con las dos manos. Si no era la Rosa, ¿qué guardaba con tal ferocidad?

-¿Qué ocurre?

Allah, y él no tenía armas. Debía recuperar esa bolsa y no tenía más herramienta que su cerebro.

-¡Fred!

-Emma...

Emma podría ayudarlo. Si pudiera estar completamente seguro de ella...

-¿Qué ocurre, estás enfermo?

-Estoy bien. Vamos a buscar tu asiento.

No podía dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Los príncipes de Barakat querrían la Rosa para pedirle algo a cambio a su hermano?

Parecía algo impensable. Ash mantenía lazos de amistad con todos los príncipes de Barakat y por nada del mundo querría dañar sus buenas relaciones históricas con los *al Jawadi*.

Pero entonces, la única alternativa era que

Ramiz fuese agente de Ghasib. El dictador de Bagestan estaba desesperado por conseguir la Rosa. Con ella en su poder, podría reivindicar el trono como elegido del sultán Jafzzuddin. Eso era todo lo que necesitaba para crear el caos. Los militantes islámicos de Bagestan, duramente reprimidos por la dictadura, intentarían hacerse con el poder. Ghasib sabía que la mayoría del pueblo no quería un régimen islámico porque el fantasma de Afganistán pesaba en la mente de todos.

Enfrentados a esa contingencia y sin la completa seguridad de que Ash pudiese hacer frente a Ghasib, el pueblo de Bagestan aceptaría un mal menor.

De modo que debía evitar que el dictador se hiciera con la Rosa. Aunque le costase la vida.

En el siguiente vagón encontraron dos asientos libres.

-Pero solo tenemos un billete -le recordó Mariel.

-Esperemos que alguien haya perdido el tren -suspiró él.

La señora que iba en el asiento de al lado abrió una cesta, de la que sacó dos bocadillos para sus hijos.

-Tengo hambre. ¿Tenemos dinero para un café?

Fred sacó las monedas que habían encontrado en el suelo, riendo. Evidentemente, no había ni para un café. De modo que tendrían que hacer el viaje hasta Niza sin probar bocado.

Mariel debió quedarse mirando a la señora sin darse cuenta porque la pobre le dio un trozo de pan con salami a uno de los niños, diciéndole algo en voz baja.

-Mi mamá dice que esto es para usted.

-¡Gracias! Muchísimas gracias.

Iba a partir el pan en dos cuando la señora le hizo un gesto.

-No, no, tengo otro para su amigo.

Poco después estaban comiendo en agradable compañía, mientras cruzaban los campos a las afueras de París.

Mariel les contó que unos niños les habían robado el dinero en la estación... y se inventó que también les habían robado las maletas, claro.

-Solo nos han dejado el billete.

-¿Y han tomado el tren sin maletas? ¿Qué van a hacer? -preguntó la mujer.

-Mi hermano tiene el yate amarrado en Cannes -explicó Fred-. Nos encontraremos allí con él.

La mujer miró los tatuajes y los *piercing* con expresión incrédula y Haroun tuvo que suprimir una carcajada.

-¿El pelo verde? -repitió Hal.
-La única chica con una mariposa tatuada en el estómago llevaba dos coletas verdes.
-Con Mariel eso siempre es posible... ¿Dónde iba?
-Ha tomado el tren de Niza, perseguida por un hombre.
-¿Tienes la descripción? -preguntó Hal.
-Moreno, con el pelo teñido de amarillo, muy alto, con un piercing en la ceja. Iba corriendo tras ella, rogándole que no lo abandonase. Menudo número han montado.
-No puede ser Mariel. Pero...
-El agente que puse en el Charlemagne ha encontrado una peluquería en la que dicen haber teñido a una chica de verde y a un hombre de amarillo.
-¿Puedes subir a ese tren?
-Había pensado ir en helicóptero hasta la primera parada, Lyon. Desgraciadamente, debido a la huelga es posible que tampoco pueda alquilar un helicóptero.
-Pues cómpralo -dijo Hlal.

Cuando terminaron de comer el bocadillo, Haroun salió del vagón y volvió unos minutos después.
-El revisor viene para acá -le dijo en voz baja-. Entra en el lavabo y quédate ahí. Abre la puerta cuando llame tres veces.
Mariel, con el corazón acelerado, se levantó para hacer lo que le había pedido. Unos minutos después, abría la puerta al oír tres golpecitos.
No estaba muy segura de cómo había terminado en aquella situación, escondida en el lavabo de un tren intentando engañar al revisor con el viejo truco del billete para dos.
-Dame el billete -dijo Fred, abriendo el grifo del lavabo-. Y agáchate.
En ese momento, el revisor llamó a la puerta.
-*Le billet, s'il vous plâit*.
-Está ocupado.
-*Le billet!* -insistió el revisor.
Después de comprobar que ella estaba escondida, Haroun abrió la puerta y le dio el billete con las manos mojadas.
El revisor lo cortó, mirándolo con cara de pocos amigos y, por fin, volvió a cerrar la puerta.
Los dos compartieron una risita de complicidad.
-Vamos a esperar unos minutos.
Habían saltado la primera valla. Pero Mariel no olvidaba su reacción al ver a los dos hombres. ¿Cuál era el misterio?

Capítulo Ocho

-Creo que están los dos en el tren, Excelencia.
-¿Tiene la Rosa?
-Eso creemos. Le robaron en la estación, pero la Rosa no estaba entre sus efectos personales.
-Quizá se la hayan quedado los ladrones.
-Con todos mis respetos, Excelencia, no.
-Entonces subid al tren y arrebatadle la Rosa de una maldita vez.
-Tengo un helicóptero esperando, Excelencia. Tomaremos el tren en Lyon.
Mariel se sentó en la taza del inodoro mientras Fred se secaba las manos.
-¿Crees que estamos a salvo el resto del viaje?
El sacudió la cabeza.

-No tengo ni idea. Puede que vuelvan a pedir los billetes después de Lyon. Pero debemos actuar antes de llegar allí.
Mariel no preguntó a qué se refería. Sabía que estaba pensando en los hombres de la bolsa roja.
-Emma, ¿qué hacías en la oficina de Michel Verdun? ¿Para quién trabajas? -preguntó él entonces.
-Habíamos acordado no hablar de eso.
-No puedo seguir en la ignorancia. Hay demasiado en riesgo.
-Para mí también.
-¿Qué arriesgas tú?
Mariel deseó poder confiar en él. Quería saber que no estaban trabajando para personas distintas. Pero, ¿cómo?
-Dime una cosa... ¿lo que te han robado esos dos hombres es un secreto industrial?
-No -contestó Fred-. No... ¿eso es lo que tú buscabas? ¿Secretos industriales?
-¿Estás interesado en pasar o vender tecnología punta?
-No tengo interés alguno en el espionaje industrial. ¿Michel Verdun está involucrado en eso también?
Mariel sonrió. Tenía la impresión de que no estaba engañándola.
-Trabajo para alguien cuyas investigaciones sobre nuevas tecnologías son robadas y vendidas a gobiernos extranjeros. Estamos intentando encontrar al informador.
El asintió, rezando para que esa fuera la verdad.
-¿Por qué dijiste «eres tú» al verme en la oficina?.
-Porque acababa de ver una fotografía tuya que alguien había enviado por correo electrónico a Verdun.
-¿Mencionaba mi nombre?
-No pude leer el mensaje porque estaba en clave -contestó Mariel-. Ahora, es tu turno.
Fred se apoyó en el lavabo, suspirando.
-Esos dos hombres tienen un anillo que pertenece a mi familia. Pero es mucho más que una joya. Tiene un valor simbólico para mi pueblo. Si se lo entregan a la persona que les encargó robarlo, el anillo y mucho más que eso podría perderse para siempre. Ahora tengo la oportunidad de arrebatárselo, antes de que lleguemos a Lyon. La vida y la felicidad de mucha gente dependen de mí. Necesito tu ayuda, Emma.
Ella estaba como hipnotizada.
-Pero... ¿cómo?
-No será fácil -admitió él-. No tenemos dinero, vamos vestidos como unos críos... Pero tenemos una ventaja, conozco el nombre de uno de ellos.
-¿Ah, sí?
-Cuando el tren esté a unos kilómetros de Lyon, me acercaré a sus asientos como si quisiera bajar mi maleta. Entonces apareces tú y llamas a Ramiz por su nombre. Ramiz Bahrami es el hombre de la cicatriz. Puedes montar una escena... acusarlo de haberte abandonado o algo así.
-Podría decir que me ha dejado embarazada.
-¿No te importaría hacerlo delante de tanta gente?
-Estás hablando con la chica que se vestía de buscona, ¿recuerdas?
-Sí, me acuerdo -sonrió Fred.
-¿Y qué hago después?
-Intenta que Ramiz se levante para que yo pueda quitarle la bolsa a su cómplice. Espero poder hacerlo y saltar del tren antes de que pare en Lyon.
-¿Y entonces qué?
-Esos hombres me seguirán... incluso saltarán del tren detrás de mí. Pero tú sigue hasta Niza. Te daré una dirección donde alguien te ayudará. ¿Lo harás, Emma?

-Lo haré.
Había muchos problemas potenciales en aquel plan, pero no se le ocurría nada mejor. Aunque no iría a esa dirección en Niza. Demasiado peligroso.
Quizá se encontrarían algún día, en alguna parte.
Como si hubiera leído sus pensamientos, él tomó su mano.
-Volveremos a vernos, Emma. Tenemos cosas pendientes, ¿verdad?
El corazón de Mariel latía acelerado, pero intentó disimular.
-No lo sé. ¿Estás casado?
-No. Mi última novia me dejó porque viajaba mucho.
-Entonces, tenemos cosas pendientes.
-¿Ytú? ¿Estás casada?
-A mi último novio no le gustó que me mudase a Francia sin avisar.
-Ah, ya veo. ¿Y cuál es tu verdadero nombre?
-Mariel-río ella-. ¿Y el tuyo?
-Me encanta que no podamos engañarnos el uno al otro. Me llamo Haroun.
-*Enchantée*, Haroun.
El la tomó por la cintura, buscando sus labios.
-Yo también estoy encantado -murmuró, dándole besitos-. Y ahora, sal de aquí. Te seguiré en un momento.
-*Bonjour, mademoiselle* -dijo el revisor, que estaba esperando en la puerta de brazos cruzados-. ¿Dónde está su billete?

En cuanto llegaron a Lyon los sacaron del tren para llevarlos a la oficina del jefe de estación. Haroun miraba por la ventana, furioso.
-Cristales dobles -murmuró, dando un golpecito.
Mariel, mordiéndose los labios, lo imaginaba tirando el escritorio contra el cristal para subir al tren de nuevo.
-Al menos, sabernos que Ramiz y su compinche no han bajado aquí.
Haroun observó a dos hombres subiendo al tren a última hora, justo cuando empezaba a moverse.
-Ahora tendremos que lidiar con el jefe de estación y tomar el tren de nuevo como sea -suspiró.

Sentado al lado de la ventanilla, Ramiz Bahrami observó a los dos hombres subir al tren cuando ya estaba en marcha.
-¿Los has visto?
-¿A quién? -preguntó Yusuf.
-Uno de los matones de Ghasib, Zounab al Safaak.
-¿En el tren?
-Acaba de subir con otro hombre... van detrás de nosotros.
-¿Y cómo saben que estamos aquí? Es imposible -murmuró Yusuf.
Ramiz se levantó, con la bolsa roja en la mano.
-Es una trampa. Hay un doble agente en alguna parte. Tenemos que saltar del tren. Vamos, rápido, antes de que tome velocidad.

-Ahí debe haber un teléfono.
Mariel se dirigió hacia el café. Estaba atardeciendo en aquel hermoso pueblo, una mezcla de calles calles medievales y modernas.
Haroun había conseguido convencer al jefe de estación de que no eran dos roqueros de camino al concierto de Fréjus. Afortunadamente, el hombre también era árabe.

Y, para asombro de Mariel, Haroun se sacó una historia increíble de la manga:
-Veo que es usted un hombre al que puedo contar la verdad -le había dicho, mirándolo a los ojos-. Se la diré, aunque es un gran secreto. Soy el nieto del ex sultán de Bagestan. Como ve, viajo de incógnito. Dos hombres han robado la *Rosa de al jawadi* y esos hombres iban en el tren. Es muy, importante que la consiga y es muy posible que estemos siendo perseguidos por asesinos a sueldo. Si avisa a la policía, no podré llevar a cabo mi misión...
El jefe de estación se quedó boquiabierto. Tan fascinado estaba que incluso insistió en besarle la mano. Mariel tuvo que disimular una carcajada.
El pobre hombre permitió que Haroun llamase a París, pero desgraciadamente nadie contestó. No tenían suerte, por lo visto.
Hicieron auto stop y los recogió un hombre que iba a Marsella, pero el tráfico era tan intenso que su coche se calentó y tuvieron que bajar en el pueblo de Vienne.
Y allí estaban, buscando un teléfono.
-Nunca había estado aquí -dijo Mariel.
-Me temo que debemos dejar la visita turística para otro momento. Ahora tenemos que encontrar un sitio para pasar la noche.
-¿No vamos a seguir al tren?
-Ya no podemos hacerlo. Llegar a Marsella es imposible porque la autopista está atascada, así que será mejor tomar carreteras vecinales e ir directamente a la Costa Azul.
Cuando entraron en el café, el olor a comida hizo que a Mariel se le encogiera el estómago. Afortunadamente, el teléfono era de tarjeta y Haroun se quedó haciendo una llamada mientras ella iba al lavabo.
Cada vez que se miraba al espejo, tenía que llevarse la mano al corazón. Desde luego, era un buen disfraz. Pero le gustaría lavar la camiseta.
Era muy mala suerte haber conocido al hombre de sus sueños primero vestida de buscona y después, así. Sin duda se separarían antes de que pudiera verla con un atuendo más o menos elegante.
Y citando se acordase de ella, si se acordaba alguna vez, solo tendría en mente a la Emma prostituta o a la Mariel *grunge*.
Muy mala suerte.

-¿Han bajado del tren? ¿Dónde? El revisor arrugó el ceño.
-Creo que la pareja que describen bajó en Lyon. O, más bien, fueron obligados a bajar porque solo tenían un billete.
-¡Pero si nosotros hemos subido en Lyon! Por eso no los hemos visto...
-Lo siento, monsieur dijo el revisor, irónico. -¿Dónde para este tren?
-En Valence.
-¡Valence! Eso está muy lejos.

Cuando volvió al restaurante, Haroun seguía hablando por teléfono.
-Por lo que he oído, Ramiz planeaba ir hasta Niza... No te preocupes por mí, tenéis que llegar hasta él. Díselo a Ash inmediatamente. Y dile que lo llamaré en cuanto pueda... Muy bien, nos vemos en Cannes.
-A ver si aquí podemos tomar un café -murmuró Mariel.
-Muy bien -dijo él, mirando la pizarra que anunciaba los precios-. Nos faltan diez céntimos.
-Oh, no...
Haroun se acercó a la barra y llamó a la camarera.
-Siento molestarla, pero necesito su ayuda. Nos han robado todo el dinero en París y me faltan diez céntimos para un café. ¿Podría hacerme el favor de servirle un café a mi amiga a precio reducido?

La camarera sonrió.
-Siéntense. Un par de cafés no van a arruinar a nadie.
Mariel dejó escapar un suspiro de alivio.
-¿Siempre te sale todo bien?
Haroun sonrió.
-¿Bien? Mira en qué situación nos encontramos.
La camarera les llevó una bandeja con dos cafés y un platito de pastas que Mariel empezó a devorar como una lobezna.
-Toma alguna.
-No, gracias -sonrió Haroun.
-Pero tú también tienes hambre -protestó ella.
-No te preocupes, estoy acostumbrado a ayunar.
-En el Ramadán solo ayunáis hasta que cae el sol y después os ponéis morados. Y puede que esto sea lo único que podamos comer... hasta ni se sabe cuándo.
-En el Ramadán nadie se pone morado. Comemos muy poco -sonrió Haroun.
-Yo pensé que por la noche os dabais un festín -dijo Mariel, tomando otra pasta-. Además, ahora no estamos en Ramadán, así que debes comer algo.
-No hay suficiente ni para un pajarito. Cómetelas tú.
-Marthe, estos dos jóvenes serán mis invitados a cenar -dijo entonces el hombre que estaba en la mesa de al lado, un señor mayor con traje de chaqueta-. Por favor, siéntense conmigo.
-Es usted muy amable -sonrió Haroun-. Pero no queremos molestar.
-En absoluto. Me vendrá bien un poco de compañía. Permítame que me presente, soy Henri Saint Julien.

-Madame, como ya le he explicado a sus colegas, la chica con el tatuaje y el hombre de pelo amarillo fueron bajados del tren en Lyon. Si duda de lo que digo...
-¿Por qué los bajaron del tren en Lyon?
-Porque solo llevaban un billete y no tenían dinero para comprar otro. Por lo visto, les habían atracado...
-¡Atracado! Perdone, señor, pero esa chica es mi hermana y la familia está muy preocupada. Está con un hombre que...
-No puedo decirle nada más, señora. Estoy desolado. Pero desde luego, a mí no me gustaría encontrar a mi hermana con un hombre como ese.
-¿Quién más ha preguntado por ellos?
-Dos hombres de aspecto árabe. Mostraban más interés por él que por ella y se quedaron muy sorprendidos cuando les dije que la siguiente parada era Valence... ¡Dios mío! ¿Qué pasa?
-Parece que el tren ha parado antes de Valence.
-¡Pero esto es increíble! Alguien ha tirado
del freno de emergencia. Perdone, madame, pero debo...
-Por supuesto. Vaya, vaya. También yo tengo otras cosas que hacer.

Marthe les llevó el aperitivo y Mariel tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse sobre las aceitunas.
-Me gustaría saber lo que es ser joven hoy en día -dijo el señor Saint Julien-. Estoy interesado en la razón para llevar esa ropa, el color de pelo, los tatuajes y el piercing. Por ejemplo, ¿por qué se ha teñido el pelo de verde, jovencita?
-Para mí solo es un disfraz. La verdad es que estamos huyendo de unos hombres muy peligrosos-contestó Mariel.
Aparentemente, no iban a dejar de contar historias.

Capítulo Nueve

-Le pondré un ejemplo -estaba diciendo Haroun media hora más tarde-. Las piscinas... Todo el mundo sabe que Bagestan está sufriendo la mayor sequía de su historia. Los niños mueren, pero ¿quién se atreve a decir que esta sequía es producto de la mala política de Ghasib? Para mantener contentos a sus inversores extranjeros y conservar el dinero del turismo que va directamente a sus arcas, el dictador permite que todas las piscinas de los hoteles se llenen cada día con agua fresca. Los niños de Bagestan mueren para que los turistas puedan bañarse.
Henri Saint Julien escuchaba atentamente, igual que Marthe, la camarera. Y la propia Mariel, que estaba sorprendida por la imaginación de su compañero.
Haroun parecía haberlos convencido de que formaba parte de una organización secreta que estaba a punto de deponer al dictador de Bagestan.
-¡Pero si lo leí en el periódico ayer mismo! -exclamó la camarera-. Un momento...
Volvió un segundo después con el periódico en la mano.
-Miren lo que dice aquí... El monstruo que mata de hambre a su propia gente. ¿Dónde está el sultán?
-¿Es usted el hombre que están buscando? -pregunto Henri SaintJulien.
-Yo no, señor. Es otro el heredero nombrado por mi abuelo. Yo solo intento restaurarlo en el trono.
-Ah, ya entiendo.
-Tenemos que irnos-dijo Haroun entonces.
-Gracias por contarme su historia. Y espero que tenga éxito. Si alguna vez vuelven por esta parte del mundo...
-Si tenemos éxito en nuestra empresa, quizá algún día podrá visitarnos en Bagestan para que mi familia pueda devolverle su generosa hospitalidad.
-¿Ya se marchan? -preguntó la camarera, que había insistido en guardar dos bocadillos en una bolsa.
-Debemos irnos, Marthe.
-Buena suerte. Les aseguro que no diremos nada si alguien pregunta por ustedes.
Los despidieron en la puerta del café y Henri SaintJ ulien volvió a sentarse, con una sonrisa en los labios.
-Qué historia tan romántica -suspiró la camarera-. ¿Cree que lograrán derrocar a ese dictador?
-¿Te has creído la historia?
-Pero....
-Yo no, pero desde luego ha sido muy entretenida -suspiró el hombre.

-¿Por qué les has contado esa historia tan rebuscada? -preguntó Mariel.
-¿Por qué no?
-Leíste el periódico ayer, ¿verdad?
Haroun no contestó a la pregunta.
-Está empezando a anochecer. Debemos buscar un sitio donde dormir.
-¿Aquí?
-Si nos adentramos en el campo, seguro que encontraremos un sitio más agradable que un portal. ¿Qué te parece?
Mariel pensó que, a pesar del hambre y de no tener donde dormir, estaba disfrutando de aquella aventura más que nunca en toda su vida.
-En fin... tenemos bocadillos, así que podemos buscar una cueva.

Hicieron auto stop de nuevo y subieron a la parte trasera de una furgoneta, donde compartieron sitio con un enorme pastor alemán. Era un anochecer precioso y la carretera corría paralela a un río de aguas claras.
Mariel pensó que la vida no podía ser más hermosa. Pero decidió que se había equivocado cuando Haroun le pasó un brazo por la cintura. Entonces sí era perfecta.
-Este es un sitio precioso -sonrió él.
Poco después, la furgoneta se detuvo frente a una finca.
-Aquí me quedo -les dijo el conductor-. Si siguen por ese camino llegarán a la carretera de Grenoble.
Fueron caminando, sin hablar apenas, escuchando los sonidos del campo al anochecer.
Mariel iba pensando en Haroun. Había contado tantas historias en veinticuatro horas... supuestamente, era un ladrón de guante blanco, el productor de una banda de rock, buscaba una joya que le habían robado a su familia, era el nieto de un sultán depuesto, un hombre a punto de dirigir una revolución...
Seguramente ninguna de esas historias era cierta. Y quizá ni él mismo sabía cuál era la verdad.
Pero era un hombre encantador. Y ella no era la única que lo encontraba fascinante. Sabía que los buscavidas eran así, tan encantadores que sus víctimas incluso se negaban a creer que habían sido engañadas. Y Mariel podía entenderlo.
En cuanto al maravilloso apartamento en la rue de Rivoli... sería estupendo pensar que era suyo, pero Haroun podría haberlo «tomado prestado». Así era como operaban los profesionales.
Haroun la miraba de reojo mientras contaba su historia en el café, como para comprobar el impacto que hacía en ella. Eso era muy sospechoso, ¿no?
Debía tener cuidado, se dijo, hasta que supiera la verdad. Y debía ignorar la poderosa atracción que sentía por él.
-¿Por qué ese suspiro? -preguntó Haroun. Mariel sacudió la cabeza-. Será mejor que tomemos este caminito. Seguramente aquí encontraremos un sitio para pasar la noche.
Era la primera vez que iba a dormir al raso, pero al lado de Haroun casi le parecía algo natural.
Él la siguió por el estrecho camino, observando el movimiento de sus caderas.
Debía averiguar la verdad sobre Mariel. No podía olvidar que la había encontrado en la oficina de Verdun. Y la posibilidad de que fuera una asesina a sueldo seguía en su mente... era corno si la hubieran elegido entre mil candidatas, como si supieran exactamente que esa era la mujer que podía hacerle perder la cabeza.
Mariel era la mujer de sus sueños y su mayor pesadilla.

-¿Qué hacemos aquí, en medio de ninguna parte, Ramiz? -protestó Yusuf.
Ramiz estaba examinando un mapa
-Estamos evitando que Ghasib nos mate. ¿Te parece poco?
-¡Pero la Rosa...! ¿Cómo vamos a ir a Barakat?
-Iremos por el campo. Así ni Ghasib ni los agentes de al Jawadi conseguirán la Rosa.
-¿Agentes de al Jawadi? ¿Crees que nos están siguiendo?
-Claro que están siguiéndonos. Fuimos a buscar la Rosa unos minutos antes de que llegaran ellos y...
-¡Por eso tenemos que tomar un avión en cuanto sea posible!
-Si la huelga de controladores ha terminado cuando lleguemos a Niza, todo estará resuelto.
-¿Y si los asesinos están esperándonos allí? Ramiz guardó el mapa, irritado.
-Pareces una vieja, Yusuf. Estoy haciendo lo posible para que nadie nos arrebate la Rosa. ¿Quieres tomar el mando?

-Yo no conozco Francia y..,
-Pues entonces, cállate. Lo mejor será buscar un pequeño hotel para pasar la noche.

Por fin, llegaron a la orilla del río. El paisaje era muy oscuro, pero el cielo estaba cubierto de estrellas.
-Qué maravilla -suspiró Mariel, dejándose caer sobre la hierba-. Y Henri Saint Michel... qué hombre tan encantador. Sobre todo, después de la historia que le estabas contando. Seguro que no ha creído una sola palabra.
Haroun sonrió.
-¿Tú crees que no he podido engañarlos?
-A la camarera, quizá. Y Saint Michel quería creerte. La verdad es que caes bien a la gente.
El se tumbó también sobre la hierba, acariciando su mejilla con la punta de los dedos.
-¿Y qué efecto ejerzo en ti, Mariel?
Su corazón empezó a dar saltos. Era completamente absurdo pensar que estaba enamorada, pero era lo que sentía.
Y hubiera deseado decírselo. Hubiera querido enredar los brazos alrededor de su cuello y decirle cosas al oído.
Pero sin duda eso era lo que él esperaba, se recordó a sí misma. Tenía que mantener la cabeza fría o... no sabía qué podría pasar.
-Eres muy sexy, Haroun. Pero solo hace un par de horas te llamaba Fred. ¿Quién eres en realidad?
-¿Quién crees que soy? -murmuró él, quitándole el elástico de las coletas para extender su pelo sobre la hierba.
Verde sobre verde. Absurdamente, aquella imagen le pareció muy erótica. ¿Habría alguna primitiva conexión en el fértil occidente entre el sexo y el color verde de la hierba?
¿Era eso por lo que ella lo atraía como si estuviera tirando de sus entrañas?
-¿Quién es la mujer verde?
-¿Qué?
-Nada, déjalo. Europa es muy fértil. Es por el agua, hay ríos y lagos por todas partes. ¿Sabes por qué Francia y el norte de España no pudieron ser conquistadas por los árabes?
Era una conversación que no tenía nada que ver con el tema en el que ambos pensaban. Haroun miraba sus ojos, en los que se reflejaban las estrellas, y hablaba de otra cosa.
-¿Por qué?
-Porque el comandante de los musulmanes vio lo verde que era todo y pensó que sus hombres se harían blandos allí.
-¿Y la batalla de Covadonga o la batalla de Poitiers? ¿Eso no tuvo nada que ver con su decisión? -bromeó Mariel.
-Ese debía ser otro comandante -río Haroun-. Pero es cierto, aunque no sea un hecho probado. Un paisaje como este cambia a cualquier hombre.
Estaba hablando de ellos dos, del efecto que Mariel ejercía en él.
Pero sería un tonto si actuase según sus impulsos.
La oscuridad era casi completa y vio que ella levantaba una rodilla sigilosamente... Un segundo antes de actuar sonrió para sí mismo con tristeza. Qué tonto había sido.
Mariel iba a apartar un insecto que rozaba su pierna y, de repente, Haroun sujetó su muñeca con fuerza y se colocó encima, asfixiándola. Ella intentó luchar, asustada.
Qué loca había sido por confiar en aquel extraño. ¿Por qué bajó la guardia? ¿Por qué se había quedado con él si tuvo oportunidad de escapar?
-¡No! -gritó desesperadamente. Pero antes de que pudiera seguir gritando, él le puso una mano en la boca.

Mariel se quedó inmóvil, como si el mundo se hubiera detenido. Cuando él metió la mano por la pernera de su pantalón, sintió como si la vida la hubiese traicionado.
Entonces apartó la cara, negándose a aceptarlo. No la tocaría, no dejaría que se aprovechase de ella de tal forma.
-No voy a hacerte daño, Mariel. Solo quiero desarmarte. Si no luchas, esto terminará en cuanto haya encontrado el arma.
Ella seguía gimiendo como un animalillo y Haroun tuvo que hacerse el sordo para no soltarla.
-Por favor... no hagas eso -murmuró Mariel.
-Debo quitarte el arma.
-¿Qué arma? ¿De qué estás hablando?
-Ibas a tomarla hace un momento. No te haré daño, lo prometo...
-¿Crees que tengo un arma?
-¿No la llevas pegada a la pierna?
-¿Eres paranoico o algo así? ¿Por qué iba a querer matarte? ¿No serás tú quien quiere matarme a mí?
Haroun pasó la mano por las perneras del pantalón, pero no encontró nada. Y después de palpar la hierba a su alrededor, decidió soltarla.
-Lo siento -se disculpó-. Es que habías levantado la pierna...
-Porque tenía un bicho.
-¿Un bicho?
-¡Un insecto! -le espetó Mariel, incorporándose-. Y encima, me ha picado gracias a ti.
Haroun se dejó caer sobre la hierba, riendo. En la oscuridad sus dientes eran muy blancos y las carcajadas parecían transmitirse por todo el bosque.
-Yo pensaba que intentabas matarme y tú que yo intentaba aprovecharme de ti. ¿Y todo por un bichito? ¡Es increíble!
-Supongo que tendré que advertirte cada vez que quiera rascarme -replicó ella, intentando contener la risa-. Haroun, ¿te importa si me rasco la espinilla? -dijo entonces con voz de pito-. No, espera un momento, tengo que llamar a mis guardaespaldas...
Haroun soltó una carcajada y Mariel se dejó caer a su lado, riendo también. Curiosamente, después del episodio del bicho parecía haber una nueva conexión entre ellos. Y la contradictoria sensación de que sus sospechas los habían acercado más.
La luna empezaba a asomar por entre dos montañas y el sonido del río llenaba el silencio.
-Vamos a dormir -dijo él-. El sol nos despertará temprano.

Capítulo Diez

Mariel se despertó sola y helada. Los pájaros cantaban en las ramas de los árboles y la hierba estaba cubierta de rocío.
Y Haroun no estaba por ninguna parte. Quizá había decidido seguir adelante sin ella, pensó. Seguramente era lo mejor, pero se sentía sola y abandonada.
Debía ponerse en marcha, se dijo. Pediría que la dejasen usar un teléfono y llamaría a su padre... Pero, ¿dónde le había dicho que iba a pasar el mes de agosto? Llamaría a Dordogne y si no estaba allí, alguien sabría decirle cómo localizarlo. Su padre siempre tenía invitados en casa, estuviera él o no.
Si lo hubiese llamado el día anterior, seguramente no se encontraría en aquel predicamento. ¿Por qué había subido al tren con Haroun? Absurdamente, desde que empezó toda aquella aventura, lo veía como a un colega, un amigo.
Pero él había sospechado que quería matarlo... aunque también Mariel tenía sus dudas, por supuesto.

Con más razón. Haroun contaba historias imposibles. ¿Por qué no iba a engañarla también a ella?
Sin embargo, cuando creyó que la atacaba fue el peor momento de su vida. Porque, en el fondo de su corazón, pensaba que estaban hechos el uno para el otro.
Cuando creyó que la traicionaba fue como si el mundo se hubiera detenido, como si hubiera dejado de girar sobre su eje.
Una sensación mucho peor que cuando sus padres le dijeron que iban a separarse. Durante diez años, aquella había sido la peor experiencia, pero sus padres ya no eran la figura más importante de su vida. No eran titanes, sino seres humanos intentando hacer que las cosas funcionasen... sin conseguirlo.
Era curioso lo que hacía el amor. ¿Quién habría imaginado que enamorarse de un completo extraño le daría una visión más tolerante sobre la separación de sus padres?
«Estás loca», le dijo una vocecita. «No puedes estar enamorada de él, no lo conoces».
Sí lo conocía. El corazón no necesita años, ni meses siquiera para elegir un compañero. Pero Haroun se había marchado y no sabía cómo buscarlo. De modo que lo mejor era tomar la carretera y...
Además del lamparón de café, la camiseta estaba manchada de hierba y tenía las manos pringosas. Si no se lavaba un poco le daría un ataque.
Suspirando, se quitó las botas y los vaqueros y se acercó al río, pero en aquella parte la corriente era muy fuerte. Subió unos metros para buscar aguas más tranquilas... y allí estaba Haroun, lavándose tranquilamente.
Mariel tuvo que contener un grito de alegría.
Estaba completamente desnudo, intentando quitarse los tatuajes falsos con arena. Era hermosísimo, atlético, sin una onza de grasa. Tenía el cuerpo de un gimnasta. Era lógico que hubiese podido saltar por encima del carrito de las maletas en la estación.
Su piel era muy morena y su torso estaba cubierto de un fino vello oscuro que bajaba en línea recta hasta encontrarse con el vello púbico. Tenía el estómago plano, de abdominales marcados...
Después de lavarse se puso a nadar, pero la corriente lo arrastró hacia el otro lado del río.
Haroun intentó agarrarse a una rama, pero falló.
-*Au secour!*-gritó, antes de que el agua tirase de él hacia abajo.
Mariel dio las gracias a Dios por haber llegado a tiempo. Iba a tirarse al agua cuando la corriente lo acercó a ella.
-¡Haroun, agárrate a mí!
El tomó su mano y Mariel la sujetó con fuerza, agarrándose con la otra a una rama. Pero se le escurría y para no soltarlo se tiró al agua con él.
Estaba helada. Sacó la cabeza para buscar aire y Haroun se agarró con fuerza a su cuello. «Si se asusta, estamos perdidos», pensó.
Y entonces él la envolvió en sus brazos y vio que estaba sonriendo.
¡Estaba sonriendo!
-¿Qué ha pasado? ¿Qué demonios haces, asustándome así?
-¿Y tú qué hacías, espiándome? ¿Nunca has visto un hombre desnudo?
-Claro que he...
-Entonces, ¿por qué te escondías detrás de unos arbustos?
Mariel lo apartó de un empujón.
-Porque me quedé sorprendida al verte. Pensé que te habías marchado.
-¿Y estabas mirando para comprobar que era yo? -sonrió Haroun-. ¿Cómo me has reconocido?
-Eso da igual -murmuró ella, nadando hacia la orilla.

Con la camiseta y las braguitas empapadas, intentó escurrirse el pelo. Unos segundos después, lo oyó salir del agua y acercarse a su ropa.
Solo entonces se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. ¿Qué había esperado, que le hiciese el amor allí mismo?
Mariel volvió donde había dejado la bolsa de provisiones, se desnudó y se secó como pudo con el pantalón vaquero.
Después, escurrió las braguitas y la camiseta y las puso a secar sobre una piedra. Haroun era un hombre moderno y no se asustaría al verla en *top less*. Pero si se asustaba... era su problema.
-Ponte esto, Mariel.
Ella se volvió, cubriéndose los pechos con una mano.
Haroun estaba pálido. Los pechos redondos, el abdomen liso, las caderas redondeadas... todo parecía hecho para el amor. Para él.
La mariposa tatuada en su estómago parecía aletear cada vez que respiraba.
-Gracias -murmuró Mariel.
Después de ponerse la camiseta, se sentaron sobre la hierba para desayunar. Además de una baguette partida por la mitad, Marthe les había regalado queso, un trozo de salami y dos tomates. Incluso un cuchillo de plástico.
Un arma, por fin. Así podría cortarle... la lengua.
-¡Debes recompensarla cuando llegues a tu palacio de Bagestan! -exclamó Mariel, emocionada.
-Por supuesto dijo Haroun.
Lo había dicho tan en serio que, por un momento, se preguntó si aquella historia tendría algo de verdad.
Pero no... no podía ser. Los sultanes no andan vagando por allí, con un pendiente en la ceja y sin un franco en el bolsillo.

-He encontrado el rastro en Vienne. Aparentemente, siguen juntos. Ahora va diciendo que es hijo de un sultán o algo así.
-¡Estupendo! -exclamó Hal.
-Siguen sin dinero, por lo visto. Parecen dirigirse a Fréjus, así que la primera pista era la correcta. Van a un festival de rock.
-Mariel siempre ha sido una chica muy impredecible -murmuró Hal-. Pero no sé... alguien en el tren los oyó decir que iban a Cannes.
-Ese tipo es un profesional, seguro. La camarera que me lo contó se quedó desolada cuando le dije que mi hermana estaba siendo engañada por un buscavidas de la peor clase. La pobre se lo había creído todo.
-Es increíble.
-Hal, puede que la haya drogado.
-No se me había ocurrido pensarlo, pero supongo que podría ser... Lo del pelo verde...
-Afortunadamente, lo lleva verde. Es difícil olvidarse de una chica así -suspiró ella.
-¿Qué piensas hacer ahora?
-Algo me dice que hoy no llegarán muy lejos. Es domingo y la gente solo va a Misa o a casa de sus familiares, así que voy a quedarme aquí un rato. A ver si encuentro más pistas...

-¿Qué es eso? -exclamó Mariel-. ¿El autobús de los Beatles?
Llevaban casi dos horas caminando. Aquel día les había resultado imposible encontrar un alma caritativa. Quizá porque Haroun no llevaba camiseta o porque los coches que pasaban iban llenos de gente.

Por eso, cuando vieron el viejo autobús pintado con todos los colores del arco iris, pensaron que esa podría ser su única oportunidad.
-Nunca había visto nada parecido -rió Haroun-. Bueno, quizá en la India.
Pusieron el dedo y el autobús se detuvo con un chirrido de ruedas. A un lado llevaba un cartel que decía: *El circo itinerante*.
Las puertas se abrieron entonces con un chirrido aún más estridente.
-Hola. ¿Vais a Fréjus?
-Sí -contestó Haroun.
-Pues subid a bordo.
El autobús no tenía asientos y había sido convertido en una especie de campamento, con cocina, comedor y varios sofás. Había una
docena de pasa jeros, todos jóvenes, que los saludaron amablemente.
-¿A alguien le molesta que vuelva a ser el mago de Oz? -preguntó un joven rubio.
-No, pero esta vez no eches tanto humo verde -contestó una chica vestida con un biquini de lentejuelas.
-Hola, soy Mike -los saludó el conductor, con un ajustado pantalón de rayas.
-Yo soy Mariel.
-Haroun.
-¿Vais al festival de Fréjus?
-Vamos a la costa, en realidad.
-Pues sentaos donde podáis.
Todos llevaban ropa rarísima, de muchos colores. De modo que, efectivamente, debían formar parte de algún espectáculo.
-Hola, yo soy Angela -los saludó una joven con acento australiano-. Espero que os gusten las peformances.
-Entonces, ¿esto es un circo de verdad?
-No exactamente. Somos actores, pero improvisamos en la calle. Ahora tengo que cambiarme... si Brian me deja la plancha, claro. Sentaos ahí -les indicó la chica.
Se sentaron con la joven del biquini de lentejuelas, que estaba poniéndose un kilo de pintura en los ojos.
-Somos todos de alguna escuela de interpretación. Brian viene de Canadá, por ejemplo. Angela, de Sidney... tú eres americana, ¿verdad? -le preguntó a Mariel.
-Mitad americana, mitad francesa -contestó ella.
-¿Y tú?
-Yo vengo de Oriente Medio. Pero ahora tengo nacionalidad francesa.
La joven estaba comiéndoselo con los ojos y Mariel lamentó haberse puesto su camiseta. Con aquel torso desnudo era una tentación.
-¡Un árabe! ¿Conoces a algún príncipe de esos que salen en las revistas?
-Por supuesto. Soy consejero del príncipe Omar.
Todos soltaron una carcajada.
-¡Consejero del príncipe! Qué ideal. La verdad, tú también pareces un príncipe... si no fuera por el pelo -dijo entonces la joven del biquini, apoyando la pierna en una barra para hacer ejercicios de estiramiento.
Mariel estaba segura de que era algo que hacía habitualmente, pero tenía la impresión de que, en aquel preciso instante, estaba haciéndolo solo para Haroun.
Y eso la puso de los nervios.
-¿Crees que debería cambiar mi color de pelo? -bromeó él.
-¿Qué hace un consejero del príncipe? -preguntó alguien.
-Muchas cosas. Algunos se dedican a fomentar el turismo, otros al comercio internacional...
Lo había dicho tan serio que todos empezaron a mirarlo de otra forma. Incluso Mariel.

-Yo pensaba que solo era un título nobiliario -dijo Angela.
-En la antigüedad, sí. Antes los consejeros no hablaban sobre los asuntos de estado con el príncipe. Solo de poesía, de literatura, de música... Ahora, sin embargo, son como su consejo de ministros.
-¡Ya hemos llegado! -gritó Mike-. Todo el mundo abajo.
El autobús estaba en medio de una plaza donde los vecinos tomaban el sol o hacían sus compras. Algunos niños rodearon el autobús, muertos de risa.
La chica del biquini de lentejuelas bajó seguida de Angela, que se había vestido de mujer pantera. Después un chico que iba vestido de Tarzán...
Una multitud rodeaba el autobús y Mike colocó un sombrero en el suelo para recibir donativos.
Media hora más tarde, con el sombrero lleno de monedas y seguidos del aplauso de los vecinos, el autobús volvía a arrancar.
-Llevamos un año haciéndolo -les explicó Annie, la del biquini-. Hemos viajado por toda Europa y lo pasamos de maravilla.
-Aunque a veces tenemos que huir de la policía-suspiró Mike-. Tendríamos que pedir permiso para actuar, pero es un proceso largo
y cuesta dinero. Por eso no vamos a los pueblos grandes.
-Tardaremos un par de días en llegar a Fréjus -les explicó Brian, el chico vestido de Tarzán-. Pero podéis quedaros con nosotros hasta entonces.
-Aunque tendréis que aportar dinero para la comida y la gasolina -suspiró Ángela-. Nosotros no ganamos nada con esto, solo lo hacemos como experiencia.
-Hemos encontrado una pista cerca de Vienne, Excelencia.
-¿Dónde?
-Un par de personas los han visto en la carretera esta mañana y es posible que se hayan refugiado en alguna parte... pero no se preocupe. Los encontraremos.
-Eso espero.

Mariel se puso un bañador de lentejuelas verdes, medias de rejilla y un sombrero con una pluma. Aparentemente iba a ser Marian, la prometida de Robin Hood.
Mark, el sheriff de Nottingham, la llevaba sobre su hombro con objeto de secuestrarla.
Haroun era Robin Hood y perseguía a Mark entre la multitud para rescatar a su amada, fingiendo que le lanzaba flechas y
rodando por el suelo para delicia de los críos.
-A los hombres les gusta ver un par de buenas piernas y a sus mujeres no les importa porque saben que nos vamos enseguida -les explicó Annie, una vez de vuelta en el autobús-. La verdad, nos ha venido bien el numerito de Robin Hood. Llevábamos mucho tiempo sin hacerlo.
Les fue tan bien que, cuando pararon en el siguiente pueblo, Mariel pudo comprar tinte en una farmacia.
El negro para Haroun fue fácil de encontrar, pero se preguntaba si el *marron glacé* tendría algo que ver con su color natural de pelo.
Por la noche se detuvieron cerca de un río y, después de cenar, Mariel sacó los paquetes de tinte.
Haroun sonrió haciendo que, como siempre, le temblasen las rodillas. Pero eso no significaba nada, se dijo. Era como Annie, excitada por su mera presencia masculina.
-¿Qué significa esto? ¿Tenemos que hacerlo nosotros mismos? -preguntó él, mirando el paquete.
Mike lo miró, extrañado.
-¿No te has teñido el pelo tú mismo?

-No, la verdad es que no -sonrió Haroun-. Pero Mariel me enseñará todo lo que hay que saber.
Debía haber notado lo que sentía y estaba jugando con ella. Seguramente le pasaba con todas las mujeres, pensó. Era como la gravedad. O como el electromagnetismo.
De modo que le puso el tinte, envolvió su cabeza en una toalla y le dijo muy seria que esperase un rato. Después, hizo lo mismo con su propio pelo.
Veinte minutos más tarde, lo lavó con cubos de agua del río. El pelo de Haroun era tan suave como la seda y le gustaba el gesto tan íntimo de deslizarlo entre sus dedos.
El hizo lo mismo, acariciándola con delicadeza, extrañamente serio.
Cuando terminaron, Mariel se sentó cerca del fuego para secarse el pelo. Al día siguiente era lunes y podría llamar a Hal a su oficina, de modo que sus problemas estarían resueltos.
Si podía llamarlos problemas...
-Ahora sí pareces el consejero de un príncipe árabe -río Angela-. ¡Por cierto, no hemos hecho las Mil y una noches desde que se marchó Greg! ¿Por qué no lo hacemos mañana? Haroun podría ser el sultán.
-Sería un sultán magnífico -afirmó Annie.
Mariel y Haroun se tumbaron sobre dos mantas y, al hacerlo, oyó que él reía bajito. Pero estaba demasiado cansada como para preguntar por qué.

Capítulo Once

-¡Un sultán de los pies a la cabeza!
Haroun observó sus bombachos dorados. Le caían por debajo de las caderas, sujetos por un cinturón de cuero del que colgaba una daga de plástico.
-Ningún sultán que se respete a sí mismo vestiría así. Parezco el genio de la lámpara -murmuró, poniéndose un chaleco negro con adornos dorados.
-Genio o sultán, mi voto es para ti -sonrió Annie.
En realidad, estaba guapísimo. Y todas las chicas lo miraban embelesadas. Los hombres, menos.
-Y ahora, la chilaba -gritó Angela.
-¡Eso no!
-¿Por qué? ¿Es que no lleváis chilaba?
-Dame ese gorrito redondo -le pidió Haroun. Después, colocó la chilaba alrededor para formar un turbante-. Los sultanes llevan turbante... sujeto con una joya, si es posible.
-Deberías seguir con nosotros todo el año -suspiró Annie.
-Mira, aquí tengo un broche de pedrería. Esto te vale, ¿no? -preguntó Angela.
Mariel, mientras tanto, estaba vestida con un pantalón de raso blanco y un chaleco muy corto que dejaba su vientre al descubierto. El pantalón iba bordado en los tobillos y tenía una abertura desde la mitad del muslo que mostraba sus piernas al caminar.
También llevaba una larga peluca negra, un adorno dorado en la frente, un cinturón de monedas y varios anillos, pulseras y collares que pesaban una tonelada.
Como toque final, un par de címbalos en los dedos para bailar la danza del vientre.
-¿Sabes usarlos? -le preguntó Annie.
-Aprendí a bailar la danza del vientre en California -río Mariel-. Allí estaba de moda porque es un ejercicio buenísimo.
-Entonces, ¿puedes bailar? Qué bien. Ojalá pudiera hacerlo yo.

-¿Por qué no hemos llegado al Mediterráneo, Ramiz? Francia no es tan grande.
-Quizá me he equivocado de carretera...
-¿Otra vez?

-Con estas montañas, es muy difícil encontrar el camino.
-Nos dirigirnos a Cannes, Ash. Pero no hemos encontrado el rastro de Haroun. Los han visto salir de Vienne, pero ahí hemos perdido la pista.
Ash se quedó en silencio unos segundos. -¿Qué vais a hacer?
-Hay muchos pueblecitos en esta zona y podrían estar en cualquiera de ellos. Alguien nos ha hablado de un circo ambulante, así que vamos a comprobarlo. Es una posibilidad.
-Sí -murmuró él, poco convencido-. Seguid buscando.

-¡Hal, buenas noticias! Una chica de pelo verde compró ayer dos cajas de tinte en una farmacia. Por lo visto, iba con un montón de gitanos en un autobús. La farmacéutica me ha dicho que paran en todos los pueblos para hacer su numerito.
-Estupendo -dijo Hal.
-Siento haberte despertado a medianoche, pero dijiste que te llamase en cuanto supiera algo.
-Sí, claro. Estoy pendiente del asunto.

-¡Se acabó! Pienso aprender la danza del vientre en cuanto vuelva a casa -declaró Annie, tumbada en uno de los sofás del autobús, mientras contaban el dinero.
Las mil y una noches era un éxito.
-Haroun es un sultán espectacular -río Angela.
-Sé justa. A la gente también le gusta el baile de Mariel.
-Estamos llegando a un pueblo, pero parece grande -dijo Mike entonces-. ¿Nos arriesgamos?
Todos estuvieron de acuerdo y Mike buscó la plaza.
La troupe bajó en cuanto se abrieron las puertas del autobús, dando los saltos de rigor. En medio de todos, Haroun, sentado sobre un almohadón de terciopelo, con música oriental a todo volumen. El gimnasta, el domador, la bailarina, todos a su alrededor y él lanzando joyas falsas como pago de sus supuestos servicios.
El sultán llamó a la bailarina y esta se puso a hacer círculos a su alrededor, tocando los címbalos y moviendo la melena.
Mariel nunca había bailado delante de tanta gente y menos con un atuendo como aquel. Pero sobre todo nunca había bailado con los ojos de un sultán clavados en ella. Y le gustaba.
La plaza se llenó de gente enseguida y Mariel siguió moviendo las caderas. De repente, los pasos que tanto le había costado aprender le parecían algo natural, como si el ritmo de la tierra inspirase su baile.
-¡Es imposible!
-¿Qué?
-¡Da la vuelta, Ramiz! Esos... esos trovadores... el del turbante vestido como el rey Shahriyar o algo así... ¡parece Haroun al Muntazir! Es imposible, ¿no?
-Es ridículo -contestó Ramiz-. Pero será mejor investigar.

-¡Eureka! Ahí está, el circo.
-Esa chica que está bailando... ¿qué tiene en el estómago?
-¡Es un tatuaje en forma de mariposa! ¡Tiene que ser ella!
-¡Mira el sultán! ¿No es él?
-No me lo puedo creer. Estamos persiguiéndolo para que no lo mate Ghasib y el tipo viaja vestido de sultán. ¿Ese anillo no será la Rosa?
-¡Imposible!
-No lo sé. Dicen que Haroun al Muntazir tiene mucho sentido del humor.

Haroun observaba el baile con más afecto del que se atrevía a mostrar. Mariel podría ganarse el corazón de cualquier sultán.

Ningún vestido de bailarina le había quedado mejor a nadie. Los altos pechos, el estómago plano y las caderas redondeadas de Mariel eran perfectos para desarrollar aquel arte.
Entonces, por el rabillo del ojo notó algo raro; algo que le puso la piel de gallina.
Y cuando volvió la cabeza se encontró con Ramiz Bahrami.
Una sirena de la policía sonó en la distancia y Mike se acercó corriendo.
-¡La policía! ¡Todos al autobús!
Cuando el harén del sultán se dispersaba a toda prisa oyeron el chirrido de unos frenos, seguido de una colisión.
Una mujer salió de un coche contra el que había chocado otro del que salían dos hombres con aspecto árabe. Pero en lugar de comprobar los daños del vehículo, se dirigía corriendo hacia Mariel.
A su alrededor, la gente preguntaba por qué se iban, qué estaba pasando.
Haroun tomó la mano de Mariel y la llevó en dirección contraria al autobús.
Los dos árabes corrían tras la mujer y los tres hacia ellos. El coche de policía se acercaba por una de las calles y la gente se paraba, atónita ante el espectáculo: un montón de gente disfrazada corriendo hacia un autobús, dos árabes persiguiendo a una chica, otros dos persiguiendo a estos, un tipo con turbante y una bailarina corriendo delante de todos...
Haroun la llevó hasta un Renault con las puertas abiertas.
-¡Entra!
-¿De quién es...?
-¡Sujeta la bolsa! -gritó él, arrancando a toda velocidad.
Mariel se volvió entonces y vio la bolsa roja en el asiento trasero.
-¿Es la de los hombres del tren?
Haroun conducía intentando abrirse paso entre todo aquel barullo, pero el coche de policía se puso en su camino. Intentó frenar, pero al final colisionaron de frente.
-¿Te has hecho daño? -le preguntó Haroun.
-No, estoy bien.
-¡Toma la bolsa y vámonos de aquí!
Los policías estaban saliendo del coche cuando ellos empezaron a correr. Entonces oyeron otra colisión.
El tráfico en la plaza era un completo caos, con coches yendo en dirección contraria, gente subiéndose a los bancos y los automovilistas tocando el claxon como maníacos.
El autobús había quedado atascado en medio de la plaza y los actores salían a la desbandada, desapareciendo por las callejuelas. Al otro lado, los dos árabes, una joven occidental, Ramiz Bahrami y su compinche seguían corriendo detrás de ellos. Pero en su camino había docenas de ciudadanos atónitos que les impedían el paso. Las sirenas no dejaban de sonar...
El sonido de sus propias carcajadas se mezcló con aquella cacofonía mientras el sultán y la bailarina corrían hacia la carretera.

Capítulo Doce

-¡Haroun, tenemos que parar! No puedo seguir, me duelen los pies.
El paisaje a su alrededor era precioso, bosques de cedros y valles con manantiales cantarines... pero a Mariel le habían salido ampollas en los pies.
A pesar de su atuendo, un coche paró para llevarlos a cinco kilómetros de allí. Era poco, pero al menos habían conseguido huir de sus perseguidores.
Robaron dos racimos de uvas en un viñedo cercano y las guardaron en los bolsillos. Por el momento, aquella iba a ser su cena.

Mariel estaba agotada, pero sabía que Haroun quería llevar la Rosa hasta Cannes, donde estaría segura. El problema era que no podía dar un paso más.
-¿Ves ese establo? Podríamos pasar la noche dentro. ¿Puedes llegar hasta allí, Mariel? Buena idea. El establo estaba alejado de la casa principal, medio escondido entre los árboles. Sería un buen escondite. Afortunadamente, la puerta estaba abierta.
Dentro, mucha paja fresca, varias sillas de montar y mantas de caballo. Incluso una linterna colgada en la pared.
-El paraíso -murmuró ella, colocando una manta sobre la paja. Después se quitó la peluca y las pesadas joyas, suspirando-. ¡Menudo día! ¡Estoy hecha polvo!
El sol estaba poniéndose y el olor a paja y a campo era embriagador. Mariel dejó escapar un suspiro de placer.
-Tienes un espíritu indomable -sonrió Haroun.
Había perdido el turbante en la carrera y la miraba con ojos de hombre enamorado... o, al menos, eso quería creer.
-Tenemos que encontrar agua.
Ella se apoyó sobre un codo.
-Seguro que hay un grifo en alguna parte... míralo, ahí está.
Después de beber, se lavaron cara y manos.
-¿Seguro que es agua potable? -preguntó Haroun. Que en Francia hubiese tal abundancia de agua potable era algo que le seguía resultando difícil de creer.
-Supongo que sí. Y si no, iba a morirme de sed de todas formas...
Él sonrió. ¡Menuda mujer! Nunca se quejaba de lo que era inevitable.
-Me asombras.
-¿Qué has dicho antes de beber, Haroun?
-*A'udu billah*. El rezo de los que van a beber o comer algo de lo que no están muy seguros. Busco refugio en Dios.
-¿Y eso cambia las cosas?
-¿Quién sabe? Refuerza mi espíritu y mis convicciones...
-Pues si yo me pongo enferma y tú no, me convertiré al Islam -rió Mariel.
-El Islam no es la única religión con ritos protectores.
-No, es verdad. Mi abuela se habría santiguado antes de beber.
-Siéntate, deja que te mire los pies. Ah, tienes ampollas...
Haroun se los lavó con agua, sin dejar de mirarla a los ojos, y Mariel supo en su corazón que aquella noche era inevitable. Aquella noche harían el amor.
Sonrió, aceptando lo que iba a pasar, y observó que él bajaba los ojos, aceptándolo también. No había urgencia para algo tan perfecto, tan predeterminado. Ocurriría cuando tuviese que ocurrir.
Haroun se levantó para encender la linterna, cerró la puerta del establo y se sentó sobre la manta con la bolsa roja.
-Ahora veremos si me he equivocado. Estaba muy serio y Mariel recordó lo que le había dicho sobre la Rosa... que la vida y la felicidad de mucha gente dependían de ella. Y entonces lo creyó.
Lo que veía en sus ojos no era mera avaricia por una herencia familiar. Lo que hubiera en aquella bolsa era de inmensa importancia para él.
Dentro de la bolsa había otra de plástico azul. Dentro, una camiseta envolviendo algo.
«Es como una muñeca rusa», pensó ella. Dentro de la camiseta, papel de periódico, dentro del periódico un objeto redondo envuelto en papel de estraza. Haroun lo levantó con reverencia y quitó el papel.
Era un adorno. Una bola de cristal con algo dentro, una rosa roja. De modo que aquella era la Rosa...

Mariel se quedó mirándola, sorprendida, mientras Haroun la examinaba a la luz de la linterna. Seguramente aquello no era valioso por lo que costaba. Estaba segura de que podría comprar mil iguales por menos de cincuenta francos cada una.
-¿Es eso la Rosa? ¿Por qué es tan importante?
Haroun soltó una carcajada.
-¡Dios mío, sabemos que Ghasib contrata idiotas, pero esto...! ¿Cómo alguien puede ser tan estúpido? ¡Esto no es la Rosa! Pero esos imbéciles no lo saben... Y pensar que llevamos días corriendo por toda Francia buscando una bola de cristal que no vale ni cien francos.
¡Y que ellos nos siguen ahora, creyendo que les hemos arrebatado la Rosa!
Siguió riéndose, tanto que tuvo que dejarse caer sobre la manta. Y su risa se le contagió a Mariel.
-Veo que te tomas bien las desilusiones. ¿Qué es la Rosa exactamente?
-La Rosa de al Jawadi es un anillo con un diamante rosa, el más raro del mundo. Tallado a la antigua, de casi sesenta y cinco quilates. Es de valor incalculable y lleva en la familia al Jawadi muchas generaciones. El sultán de Bagestan se lo entrega a quien va a ser su heredero y para el pueblo es el símbolo de la estabilidad política.
-Pero en Bagestan ya no hay un sultán...
-No, hace treinta años el dictador Ghasib dio un golpe de estado. Antes de morir, mi abuelo, el sultán Hafzuddin al Jawadi, nominó a mi hermano Ashraf como sucesor, pero no pudo darle la Rosa.
-¿Por qué?
-Nadie sabía dónde estaba desde la muerte del príncipe Kamil en la guerra contra los kaljuk. Y entonces la encontraron. El príncipe Kamil se la había entregado a su esposa, pero nadie más lo sabía y ella desconocía el valor de la joya. Nos dijo recientemente que estaba en su poder y fui a su casa a buscarla... pero alguien se me había adelantado.
-¿El hombre del tren?
-Ramiz Bahrami. La mujer de la limpieza me dijo que alguien se había llevado la Rosa y yo, idiota de mí, no le pedí que describiera el objeto. ¡Esa debe ser una lección! Ash siempre dice que soy demasiado impetuoso... y veo que es cierto.
-Entonces, ¿dónde está la Rosa ahora?
Haroun sonrió, mirando la bola de cristal.
-Donde ha estado estos cinco años: en Londres, como un adorno más en casa de Rosalind Lewis. Ahora Rosalind al Makhtoum, la esposa de mi primo.
-Ah, pero esa es la boda que salió el otro día en las revistas... Pero no puede ser. Decían que el príncipe se había reunido con su esposa después de cinco años...
-Es una historia demasiado complicada -suspiró él-. Pero esa es la mujer.
Mariel tomó la bola de cristal y observó la rosa roja que había en el interior.
-¿Seguro que el diamante no está escondido aquí?
Haroun negó con la cabeza.
-La Rosa es un diamante enorme. Además, Rosalind me dijo que estaba dentro de una cajita de madera.
-Qué absurdo error.
-¿Para quién trabaja Ramiz? -murmuró él, pensativo-. Los hombres que subieron al tren en Lyon... los he visto en la plaza corriendo detrás de nosotros.
-¿No son hombres de Ghasib?
-Yo creo que sí. Pero, ¿para qué iba a perseguirme si ya tenía la Rosa? Y si Ramiz no la ha robado para él... ¿para quién la ha robado entonces?
Haroun abrió el bolsillito de la bolsa de deporte. Dentro había un sobre lleno de dinero. En el papel estaba escrito en árabe: Bendiciones para tu tarea.

-¿Bailando la danza del vientre?
-Parece que se han unido a un circo, Hal. El sueño de cualquier niño.
-¡No me lo puedo creer! ¿Y dónde están ahora?
-¿Quién sabe? Después de crear un caos de mil demonios desaparecieron por la carretera como dos gitanos.
-¿Vas a ir tras ellos?
-Sí, claro -contestó el otro, irónico-. En cuanto me pongan la escayola en el brazo y pueda sacar el coche del garaje, no te preocupes que iré tras ellos, Hal.

Tomaron las uvas a la luz de la linterna, como si fuera un banquete digno de los dioses. Cuando él arrancó una uva y la puso entre sus labios para arrebatársela con un beso, Mariel sintió que estaba en el cielo.
Los dos comían, hambrientos de otra cosa. Después, Haroun se inclinó hacia ella, con los ojos oscurecidos de deseo.
-¡Espera! -gritó Mariel, quizá para prolongar aquel juego un poco más o quizá porque estaba nerviosa-. No he bailado para el sultán.
El sonrió, enigmático.
-El baile debe excitar al sultán. Y eso ya está hecho.
A pesar de todo, Mariel se levantó y empezó a mover las caderas.
-Haz música para mí.
-No puedes revelarte contra el sultán. Podría cortarte la cabeza -rió Haroun.
-No lo creo.
El empezó a dar palmas y Mariel a bailar como si cada una de ellas fuese una caricia sobre su piel... que lo sería pronto. Movía las caderas, el vientre, los brazos y la cabeza al ritmo de sus palmas, mirándolo invitadora.
Podía oír la música de la madre tierra llamándola. Sonrió entonces con los ojos brillantes y Haroun la tomó por el tobillo.
-Ven -le ordenó el sultán.
Y la pequeña bailarina se deslizó hasta el suelo.

-Lo único que sabemos seguro es que han escapado dejando un caos tras ellos, Ash.
Nunca he visto un lío tan colosal excepto en el cine. Por cierto, Zounab al Safaak estaba persiguiéndolos... él y varios más.
-¿Dónde está Safaak ahora?
-No te preocupes. Se ha puesto un poco chulo con la policía... y los árabes nunca deben indisponerse con la policía francesa, ya sabes.
-¿Qué ha pasado?
-Por lo visto, al registrar su coche han encontrado algo indebido. No sé si era suyo o los propios policías lo han colocado allí para incordiarle. Pero, por el momento, nos hemos librado de él.
Ash masculló una maldición. -¿Y mi hermano?
-Ahora estamos buscando a un sultán y una bailarina, por lo visto

Haroun deslizó una mano por su brazo desnudo, tirando de la manguita corta del chaleco para revelar sus hombros. En los ojos verdes había un brillo que nunca sería capaz de resistir. Excitado, inclinó la cabeza y buscó sus labios con ansia.
Mariel nunca había deseado tanto que la besara un hombre y supo que lo deseaba desde que vio la fotografía. El deseo estaba detrás de toda aquella aventura.
Entreabrió los labios, temblando de emoción al sentir el baile íntimo de su lengua, con un ritmo que indicaba claramente qué clase de baile quería bailar con ella. Mientras tanto,

acariciaba su espalda de arriba abajo, disfrutando de aquella piel suave, de los fuertes músculos...
Haroun estaba desabrochando los corchetes del chaleco, que abrió para disfrutar de sus pechos desnudos. Los pezones eran oscuros, pequeños y dispuestos para ser acariciados. Y él obedeció la orden, inclinando la cabeza.
La besaba con tanta dulzura que Mariel se derretía.
Entonces, sin poder aguantar más, le bajó los pantalones de raso. Un momento después, sus propios bombachos dorados estaban sobre la paja.
La linterna se apagó, pero ella estaba ya casi ciega de sensaciones. La luz de la luna entraba por la ventana, besando sus rizos oscuros, la poderosa curva de sus hombros, sus pechos desnudos...
Haroun apartó sus braguitas y ella lanzó un gemido al sentir los dedos del hombre acariciando la entrada de su húmeda cueva.
Mariel levantó las caderas, explicándole sin palabras lo que quería. Y él se lo dió, una y otra vez hasta que esas caricias no eran suficiente.
Entonces, con repentina impaciencia, Haroun se quitó los calzoncillos y se colocó sobre ella, separando sus piernas con la rodilla. Sujetaba su trasero con las manos para tenerla más cerca y, con un gemido ronco, la hizo suya.

Capítulo Trece

Un gallo los despertó al amanecer. Se lavaron con cubos de agua, se secaron con el chaleco del sultán y después, con la bolsa roja al hombro, tomaron de nuevo la carretera.
Mariel había rasgado las perneras del pantalón para que pareciese una especie de falda y Haroun, que no podía disimular los bombachos dorados, se puso la camiseta que había envuelto la bola de cristal.
De aquella guisa, podrían parecer dos locos que iban al festival de Fréjus.
O dos gitanos, quizá. Pero al menos tenían dinero y podrían comprar algo en cuanto abriesen las tiendas.
-Entonces, todo lo que le contaste a Marthe y al señor Saint Michel era cierto.
El aire era fresco a aquella hora de la mañana y desde la carretera casi podían ver el Mediterráneo. Mariel sentía como si fuera la primera vez que veía amanecer. Como si la noche anterior lo hubiese cambiado todo.
-No soy, productor de una banda de rock -rio él-. Y raramente uso mis habilidades como ladrón de guante blanco.
-Pero todo lo demás... no lo entiendo. Si lleváis tantos años escondidos para que Ghasib no os encuentre, ¿por qué le has contado la historia a todo el mundo? ¿No temes que llegue a sus oídos?
-Tú misma has visto el artículo en el periódico. Es parte de una campaña para que el mundo sepa de nuestra existencia. Se han terminado los secretos. Pronto mi hermano revelará su identidad y exigirá que Ghasib abandone Bagestan.
-¿Cómo piensa hacerlo?
-Está buscando apoyos en Occidente. Como Ghasib vende armas y petróleo en Europa y Estados Unidos, los gobiernos esconden la cabeza, pero la gente debe saber lo que ocurre.
-¿También tenéis apoyo en Bagestan?
-Allí tenemos todo el apoyo que necesitamos... pero debemos movilizar a la gente, convencerlos de que podemos ganar. Ghasib es un monstruo y mi pueblo lo odia. ¿Recuerdas al jefe de estación en Lyon? Era de Bagestan.
Mariel abrió la boca, atónita.

-¿Por eso te besó la mano?
-¿Te diste cuenta de que cojeaba? Sin duda fue herido en la guerra o escapó de las prisiones de Ghasib. Por eso se emocionó tanto.
-Ah, ya entiendo.
-Lo peor sería que la gente no creyese que podemos ganar y los militantes islámicos se hicieran con el poder. El pueblo no se levantará contra Ghasib si teme que eso ocurra.
-¿Y podría ocurrir?
-Si la gente se une a nosotros, no. El problema es el apoyo económico que reciben de otros países de régimen fundamentalista...
-¿Te gustaría que tu abuelo te hubiera elegido a ti? ¿Querrías ser el sultán, Haroun?
-¿Yo? No podría soportar la restrictiva vida de un sultán. Ashraf ha sido educado para honrar sus obligaciones, pero mi primo Najib y yo bromeamos diciendo que, si algo le ocurriese, tendríamos que tirar una moneda para ver quién es el sultán... el que pierda, sube al trono.
-¿Y qué harás después de la restauración?
-Como consejero del príncipe Omar, tengo experiencia en comercio exterior, así que supongo que tendré un puesto en el Ministerio de Comercio o en el de Asuntos Exteriores. Y espero poder vivir en Francia.
Fue un largo paseo hasta que por fin llegaron a un pueblo con las tiendas abiertas. Lo primero que Haroun hizo fue llamar a Ash a Londres.
-¡Haroun! ¿Dónde demonios te habías metido? -exclamó su hermano.
-Eso da igual. Llegaremos a Cannes esta tarde si no hay mucho tráfico, pero escucha...
Esto es importante. ¿Recuerdas que alguien se llevó un artículo que te pertenece de la casa de Rosalind?
-Sí, me acuerdo -dijo Ash, irónico.
-Pues no es así. Por lo visto, sigue donde estaba.
-¿Qué?
-Tengo lo que se llevaron y no es lo que esperábamos. A menos que haya sido víctima de un plan muy elaborado, y no lo creo, ese artículo sigue en casa de Rosalind.

Las últimas horas fueron lo peor del viaje. El tráfico en la carretera de Gannes era horrible y el aire acondicionado del taxi no funcionaba, pero era el único disponible.
Llegaron por fin y Haroun le indicó al taxista que fuese al puerto. Siguiendo el paseo marítimo, pasaron por delante de motoras y barcos hasta llegar a la zona donde estaban amarrados los yates.
Y entonces Haroun le indicó al taxista que parase frente al más grande y más lujoso que Mariel había visto en su vida.
Su padre tenía un yate, de modo que para ella no era nada nuevo, pero el propietario de aquel debía ser uno de los hombres más ricos del mundo.
Todo estaba preparado para su llegada y el capitán zarpó en cuanto el príncipe Haroun y su compañera subieron a bordo.

-¿Qué sabes de Ramiz?
-Según el príncipe Karim, está tomando parte en una misión secreta. Pero todo el mundo cree que ha muerto -contestó Ash.
-¿Qué clase de misión? -preguntó Haroun, sujetando el teléfono con el hombro.
-Infiltrarse en un grupo que intenta derrocar la monarquía de Baralcat. Era algo que deberíamos haber intuido. Si pueden movilizar a los militantes islámicos contra Ghasib, también pueden hacerlo contra Barakat.
-Allah -murmuró Haroun.
-Probablemente pincharon el teléfono de Rosalind. Por eso sabían que ella tenía la Rosa.

-Entonces, ¿crees que no hay un informador en nuestra organización? ¿Podemos estar seguros?
-Lo que creemos es que Ramiz se ha ganado la confianza de esa organización terrorista. Por eso lo enviaron a él a buscar la Rosa. Deliberadamente, tomó el adorno que no era y luego ha hecho todo lo posible por retrasar la entrega.
-Debió reconocerme en el tren. Quizá incluso antes, en la *Gare de Lyon*. Ahora que lo pienso... probablemente se colocó detrás de mí en la estación para que supiera que iban a Niza. Y cuando nos echaron del tren, también él debió bajar con alguna excusa... La verdad, es un poco extraño que dejasen el coche abierto con las llaves puestas y la bolsa dentro.
-Sí, supongo que todo estaba preparado.
-Pues estamos en deuda con Ramiz. Y con muchas otras personas, por cierto. Tendremos que celebrar una fiesta de agradecimiento en palacio para la gente que nos ha ayudado.
-¿Esa chica sigue contigo?
-Sí. Y Mariel también se alegrará mucho cuando Ghasib desaparezca. Por lo visto, el dictador se dedica a robarle secretos tecnológicos a un primo suyo.
Ash dejó escapar un suspiro.
-Supongo que todo eso se hará público tarde o temprano.
-Sí y no. Voy a casarme con ella.
-¡Casarte con ella!
-Si tenemos éxito, claro. Si Ghasib nos gana la partida, no tendré mucho que ofrecer.
-Pero si solo la conoces desde hace unos días... Haroun, eres demasiado impetuoso.
-Han sido unos días llenos de aventuras. En circunstancias como estas es cuando se conoce a alguien de verdad. Sé que ella nunca me dirá: «Haroun, eres demasiado impetuoso. Haroun, no quiero que corras peligro.
Haroun, ¿no me echarás de menos si te vas de viaje?». Mariel es especial, una mujer de los pies a la cabeza.
Ash soltó una carcajada.
-Ya me imagino que estará tan loca como tú.
-Sí. Está loca y es preciosa. Así que no quiero decirle que vamos a casarnos... por ahora. Para no asustarla.
-Muy bien. Tu felicidad es importante para mí -dijo su hermano.
-¿Vas a venir a Cannes?
-Esta noche debo asistir a una cena benéfica aquí, en Londres. Pero, si por fin termina la huelga de controladores, te veré pasado mañana.
-Muy bien. Intentaré divertirme hasta entonces -sonrió Haroun.

-¿Que es quién? -preguntó Hal, incrédulo.
-Uno de los nietos del sultán Hafzzudin al Jawadi -contestó Mariel.
-¿Y quién es ese sultán?
-Fue depuesto en 1969, tras un golpe de estado. Y sus nietos quieren restaurar la monarquía.
-¿De qué país estamos hablando?
-De Bagestan.
-¿Bagestan?
-Lo que oyes. El país que dirige Ghasib, el hombre para quien Michel Verdun robaba tus secretos, querido primo.

-¿Qué ha pasado con tu pelo? -preguntó Haroun.
Mariel estaba apoyada en la borda, observando las luces de Cannes.
-La peluquera me dijo que el tinte lo había estropeado, así que he tenido que cortármelo.
-¿Y no te importa?

-¿Por qué? Me apetecía un cambio.
-Me gusta tener tu cuello tan a mano -sonrió él, inclinándose para besarlo.
-Y yo me alegro.
-Es muy chic -dijo Haroun-. Pareces una actriz famosa.
Llevaba un esmoquin que le quedaba perfecto y estaba más guapo que nunca.
El yate era magnífico y le recordaba a esos barcos de principios de siglo, con las mujeres vestidas de muselina, cargadas con maletas de Luis Vuitton.
Y, aparentemente, ella iba a ser una de esas mujeres. Al menos, durante unos días.
Mariel había tenido que soltar una carcajada al abrir el armario de su camarote. Estaba lleno de vestidos de diseño, comprados exclusivamente para ella en Cap Ferrat.
Era como quedarse encerrada en una tienda de juguetes.
«Si no hay nada que te guste, puedes ir de compras», le había dicho Haroun.
Pero le gustaba todo. Había blusas, pantalones, túnicas, bañadores, vestidos de cóctel, ropa interior de encaje...
Aquella noche cenarían en cubierta y Mariel se alegró de poder ponerse algo bonito para que la recordase guapa y no hecha un asco.
Con la ayuda de una doncella, eligió un vestido de seda color verde esmeralda con un hombro al descubierto. La diminuta pedrería bordada en el cuerpo brillaba cada vez que daba un paso. Cromo joyas, una pulsera y unos pendientes de diamantes. En los pies, suaves mules de raso verde.
Nada que ver con Emma, la chica de la calle. Otra faceta de aquella mujer fascinante, pensó Haroun mientras se sentaban a la mesa.
-¿Vamos a cenar solos?
-Te quiero para mí solo, Mariel.

Capítulo Catorce

Más tarde, Mariel se puso un pijama de seda color melocotón y, con el corazón latiendo como un tambor, entró en el dormitorio suavemente iluminado donde la esperaba Haroun
Él, que también se había cambiado, llevaba un pantalón de pijama azul marino y un kimono del mismo color.
Haroun enredó los dedos en su pelo corto.
-Eres tantas mujeres... Sin embargo, siempre eres tú. Es raro, tanto para un hombre como para una mujer, ser tan fiel a uno mismo.
-¿Tú crees?
-Sabes que es así.
Mariel soltó una carcajada.
-Dame un beso, tonto.
El tornó su cara entre las manos.
-¿Besarte? Claro que te besaré. ¿Y qué más?
Era tan sexy... y su voz tenía un tono ronco, muy erótico que hacía hervir la sangre en sus venas.
-¿Qué sugieres?
Riendo, Haroun la apretó contra su pecho.
Se besaron durante largo rato, disfrutando del sabor de sus labios.
-Eres delicioso -murmuró Mariel-. No sabía que podía emborracharme de besos, pero así es.
Con un gemido ronco, Haroun sujetó sus nalgas para apretarla contra él, su carne dura intentando escapar de la tela del pijama.

La tumbó sobre la cama mientras, con una desesperación infinita, la devoraba a besos. Mariel levantó las piernas para enredarlas alrededor de su cintura y él empujó su sexo hacia ella a través de la seda.
Excitada, se quitó la chaqueta del pijama, desnudando sus pechos para él. Con un gruñido salvaje, Haroun se tiró encima y empezó a pasar la lengua por sus pezones una y otra vez. Mariel estaba derritiéndose. Cuando abrió los ojos y vio su rostro apasionado... fue como cuando vio su fotografía por primera vez.
-Haroun... por favor.
Haroun le bajó el pantalón del pijama y después se quitó el suyo de un tirón.
Ella gritó cuando la penetraba, echando la cabeza hacia atrás. Haroun sujetó sus caderas y la embistió una y otra vez, cada vez más rápido, más fuerte.
Sus gritos lo volvían loco y explotó dentro de ella, poniéndose duro de nuevo; de modo que apenas paró durante unos segundos.
-Nunca he sentido nada parecido -murmuró Mariel, sin saber dónde estaba ni quién era.
El placer era una fuerza natural que se expresaba de forma irresistible en cuerpo y alma. El placer no terminaba nunca, crecía sin cesar, dejándola hambrienta.
Para él era igual. Estaba embrujado, temiendo la explosión final, una explosión que lo destruiría y lo crearía de nuevo. Un amor que lo consumiría.
Era lo que habían estado esperando, sin saberlo, el uno del otro. Que juntos cruzarían una frontera desconocida. Se abrazaban, se acariciaban, se arañaban buscando ese placer último. No había postura que no pudieran lograr. Ella se puso de rodillas mientras Haroun la tomaba por detrás y la embestía hasta tirarla sobre la cama, Haroun tumbado mientras ella se colocaba encima...
Por fin, Mariel estaba de espaldas, exhausta, mientras él seguía empalándola por detrás. Con una mano empezó a acariciar su empapada cueva y ella cerró los ojos, pensando que no podía sentir más placer, más amor por aquel hombre.
-Haroun...
Haroun, que entendía cada gemido, cada suspiro, empujó una sola vez, como loco. Entonces se dejó ir, al mismo tiempo que ella, y el placer envolvió sus corazones con amor ilimitado. Mariel tuvo que sujetarse a las sábanas, gritando. También él gritaba su nombre. Después se volvió y depositó un beso sobre su pecho, justo encima del corazón.

-Me gustaría enseñarte Barakat algún día -dijo Haroun por la mañana, mientras desayunaban en cubierta.
-¿Barakat o Bagestan?
-Yo nací en Barakat y, debido a los problemas políticos, solo puedo ir a Bagestan de incógnito. Mi padre, el príncipe Wafiq, tuvo que huir del país después del golpe de estado. Pero también me gustaría enseñarte Bagestan, si tienes interés.
Mariel sonrió.
-¿En este yate?
-O en el mío. ¿Te gusta navegar?
-Lo he hecho desde pequeña, con mi padre.
-Tengo que decirte una cosa, Mariel -dijo Haroun entonces-. Mi hermano piensa que estamos en peligro y, por una vez, creo que tiene razón. Deberíamos quedarnos aquí durante un par de semanas.
¿Un par de semanas? ¿Pensaba elegir cuándo tenían que separarse? Pues ella también tenía algo que decir.
-Yo no...
-Mi hermano llegará mañana y habrá muchas reuniones en el yate. Podemos quedarnos aquí o...

Día a día. Eso era lo que su padre le había recomendado cuando le dio la noticia de que iba a separarse de su madre. «Mariel, esto hay que tomarlo día a día».
Pero a veces eso era imposible.
-Podríamos alquilar un barco y marcharnos solos -sugirió, tomando un trozo de piña.
El olor de la fruta le recordaría siempre aquel momento, cuando su futuro estaba en vilo.
-No podemos ir muy lejos porque tendré que asistir a las reuniones. Pero mi yate, el *Ma Fouze*, puede ser gobernado fácilmente por dos personas.
-Durante un par de semanas -repitió Mariel.
-Si tenemos éxito, el peligro habrá pasado dentro de dos semanas.
-Y entonces nos separaremos.
Haroun no contestó.
-Puede que no sea tan fácil -dijo ella.
-Si fracasamos, nada será seguro.
-Una cosa es segura, ganes o pierdas -murmuró Mariel con la voz rota.
-¿Qué?
-Te quiero, Haroun. No puedo estar contigo un par de semanas y desaparecer después. Si voy contigo es porque te quiero y te querré siempre.
-Mariel, no me digas eso ahora. Si fracasamos...
-Me enamoré de ti al ver tu fotografía. Y seguía enamorada cuando te creía un ladrón de guante blanco. Y cuando empezaste a contar esas historias, pensé que me había enamorado de un buscavidas. Así que no esperes que deje de amarte si, al final, no logras ser el hermano del sultán.
Haroun la tomó entre sus brazos, emocionado.
-Te quiero, Mariel. Nunca he sentido por una mujer lo que siento por ti... amor, pasión y admiración. No te lo habría dicho todavía, pero es tu propio valor lo que me hace confesar. Si fracasamos... yo podría morir. O peor, terminar en una cárcel de Ghasib.
-Pues entonces tendremos que empezar a pensar en un plan de fuga -dijo ella-. Me pregunto si el *Circo Itinerante* podría echarnos una mano. O quizá el señor Saint Julien. Seguro que escapó de alguna prisión alemana durante la guerra...
-Mariel, lo digo en serio.
-Muy bien. Déjame pensar... En ese caso, creo que no debo separarme de ti jamás.
Haroun sonrió. No tenía más remedio que aceptar su oferta.
-¿Y qué haremos estas semanas, mi valiente heroína?
-Como podrían ser nuestras últimas semanas de libertad, seamos libres.
Navegar con Haroun por el Mediterráneo... la idea era tan atractiva para ella como para él.

Epílogo

-Estamos empezando a entender la cadena de acontecimientos -explicó Ash-. Ramiz piensa que Ghasib ha puesto un espía dentro de la organización que intenta minar la monarquía de Barakat. Ese espía fue quien le pasó información sobre la Rosa a través de Verdun.
-Supongo que también sería él quien le envió mi fotografía -sugirió Haroun.
-Sí. Parece que había un tercer hombre junto con Ramiz y su compinche. Su cometido era fotografiar a cualquiera que pasase por el apartamento de Rosalind aquel día.
-¿La has visto, Ash? -preguntó Haroun entonces.
No tenía que explicar a qué se refería.
-Sí, la he visto.
-¿Y?
-Es indescriptible, hermano. Esa piedra tiene un brillo por el que matarían los hombres. Lo sabía, pero va más allá de lo que había imaginado. No hay nada parecido en el mundo.
Haroun miró los periódicos que estaban sobre la mesa. Todos ellos comentaban el asunto del dictador de Bagestan y el deseo de su pueblo de reinstaurar la monarquía. La campaña de Relaciones Públicas estaba funcionando.
-Entonces, ¿esto ha empezado?
-Ha empezado -contestó el príncipe heredero Ashraf al Jawadi-. No hay vuelta atrás. O ganamos o lo perdemos todo.

Continuará con La Amante del Sultan,
la historia de Ashraf,
Príncipe Heredero de Bagestan.